

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica **1929** Sábado 2 de Noviembre

Núm. 17

Año XI. No. 468

SUMARIO

El nacionalismo de Rabindranath Tagore	Francisco García Calderón	Los brazos en cruz de Alfonso Fabila	Gustavo Ortiz Hernán
Mi señor el niño	Rabindranath Tagore	Henry Ford	Mario Sancho
El Mensaje de México.....	Magda Portal	Aniversario	
Baladas	A. H. Pallais	Vasconcelos visto por Hispanoamérica.....	Carlos Deambrosis Martins
Bartolomé Soler y la tragedia española.....	German Arciniegas	Estampas.....	Juan del Camino
Revisión de Galdós.....	Salvador de Madariaga	Testimonios	
Martí y La Edad de Oro.....	Ernesto Morales	Tablero.....	

Nos sorprende que el dulce poeta Rabindranath Tagore, para definir su actitud de predicador y de augur, emplee el término «nacionalismo». Pero él nos aquietta pronto y nos explica que el nacionalismo asiático difiere esencialmente del europeo. No podemos, en verdad, emparejarlo con el de Corradini en relación con Italia a fines del siglo XIX o el de Treitschke que endiosó a una injusta Alemania. En Oriente, y sobre todo en la India, el patriotismo en sus afirmaciones es conocimiento de sí, prudente defensa contra una política intrusa y sincero deseo de vivir en paz.

De tal manera desconfía de Europa el magnífico poeta, que la idea de nación, en el sentido occidental, le parece estrecha y peligrosa. En efecto, un pueblo se organiza y ajusta fuerzas para un fin mecánico. La nación europea no se limita a conservar los bienes adquiridos o heredados, sino que descubre y domina mercados, crea sin cesar riquezas, aquista colonias, asocia para la expansión necesaria la guerra y la industria. Tagore compara el Estado moderno con una prensa hidráulica impersonal y eficaz en su acción. La fuerza que emplea y endiosa es una simple abstracción, una suerte de producto científico destinado a enflaquecer de mil maneras la personalidad del hombre o a destruirla.

Sus críticas a la nación parecen dirigidas al Estado, tal como es concebido en los continentes europeos y americanos. Exagerando el alcance de sus apreciaciones, el escritor hindú condena en las naciones cristianas lo que denomina canibalismo, es decir, la voracidad frente al extranjero, la triste necesidad de nutrirse con la sangre de los demás pueblos. Las naciones poderosas y beligerantes, por temor al crecimiento de otras sociedades, aniquilan gérmenes que podrían desarrollarse con libertad, limitan, estorban, humillan. Si topan en otras regiones con un nuevo ímpetu, con la afirmación de sí y la exuberancia, pierden el sosiego. Explotan debilidades, espían en la acción ajena intercadencias. Como en un inmenso tablero de ajedrez, mueven piezas, manejan insidiosamente intereses para poner en jaque a posibles rivales.

Carece de idealismo y de nobleza este nacionalismo consumido por ambiciones de lucha y de expansión. Si dominara solo, sin contra-

El nacionalismo de Rabindranath Tagore

= De La Nación. Buenos Aires. =

I



Rabindranath Tagore

resto, acabaría la variedad en el universo. Tagore, austero moralista, considera que Occidente, donde tales métodos imperan, ha roto con los preceptos de la ética. En vano buscamos en su historia reciente impulsos profundos. En la sobreabundancia de países entonados hallamos figurillas de un teatro de títeres, soldados, políticos, burocratas y fabricantes que avanzan y retroceden movidos por hilos invisibles.

Superficial, la cultura de las naciones occidentales es también unilateral. En vez de favorecer el desarrollo de todas las facultades del ciudadano, armoniosamente coordinadas, sacrifica formas más altas de existencia a preocupaciones de orden inferior. Tagore insiste en enjuiciar a sociedades para las cuales la riqueza es el único norte deseable. También el millonario gana dinero a costa de su alma y se empobrece moralmente.

Los orientales consideran que el nacionalismo de guisa occidental culminó en la gran guerra, «quinto acto en la tragedia de la falsa apariencia.» Entonces se desgarró el velo que velaba realidades funestas, cada país contempló su alma desnuda y la miseria de sus creaciones predilectas. Cada cual, para conquistar la tierra, había olvidado las necesidades de su espíritu. En vano se aturdíán con palabras y promesas. Dementados, en furiosa danza macabra, combatieron hasta morir. Aprendieron al fin, pungidos por un supremo dolor, que eran hijos de Dios y habían olvidado su hogar celeste.

Esta cultura, que no satisface íntimas aficiones del hombre y que produce catástrofes, debe fenecer. Tagore vaticina el acabamiento de sociedades sin religión y sin grandeza: «cadentque quæ nunc sunt in honore.» Según él, se da en el mundo una inmanente y severa ley moral a la cual deben someterse individuos y pueblos. Si sólo la obedecen los primeros y las naciones se burlan de ella con pertinaces crímenes, al cabo el ciudadano sufre de la injusticia colectiva y se siente debilitado y vencido. Una cínica desconfianza para todo lo que es sagrado y fundamental va extendiéndose, y sufren un ostracismo las almas libres.

Tagore no condena a Europa en bulto sin establecer distinciones. Imparcial, dócil a imperativos de amor, quisiera asociar para nobles tareas comunes, a tierras de Asia y de Occidente. Europa es grande y fuerte, enseña. Con sus artes, con su literatura, fecunda a remotas sociedades, ilustra grandes épocas humanas. Un espíritu titánico la anima en sus empresas. Todo lo abarca, el mundo estelar y el reino del átomo, conquista los elementos, se enseñorea de la naturaleza y emplea inmensas fuerzas subyugadas en servicio del hombre. Cristiana, a pesar de su egoísmo y de su entono, ama a todas las razas, ningún dolor la halla indiferente. Es cierto que el oriental no olvida las «salvajes orgías del militarismo», pero confiesa que en Europa solamente han sido escritas con sangre declaraciones trascendentales en favor de los derechos del hombre y de nobles y generosos principios de justicia. Tagore exalta a los «caballeros andantes de las modernas sociedades» que nunca perdieron la fe en la libertad y defendieron ideales que no están ligados a determinadas zonas geográficas o la supremacía de una agrupación política; combatientes, según la ley del Quijote, héroes sujetos a mucha hambre y a mala ventura, que en nada se parecen a los hombres de acción, de alma fáustica, en quienes Spengler pone su esperanza.

Los ingleses, que dominan a la India, son injustos, como Estado invasor y despótico. Como a hombres, el poeta hindú los ama y los aprecia, porque odian la mentira y defienden la libertad, son puros en el dominio del sentimiento, leales en la amistad. Se puede confiar en ellos, en el comercio y en la acción. Pertenecen, individualmente, a la humanidad caballeresca. Sin embargo, el Reino británico,

sus virreyes y agentes, dominados por el interés, no comprenden al pueblo súbdito. La máquina oficial, el sistema sin alma, para nada sirve. Imaginemos que gobernarán la India otros pueblos, holandeses o franceses. Emplearían los mismos métodos, los aguijaría igual ambición. Toda la fábrica de dominación europea está inficionada por un impuro maquiavelismo. No sabe educar. Se derrama en restricciones y prohibiciones. Imposible le es celar el desdén por sociedades que se ufana en dirigir. Extraña se mantiene a lo que hay en ellas de histórico o de original. Sin haber realizado el necesario esfuerzo para acercarse a su alma y conocer su vida profunda, proclama, con insistencia displicente, que Occidente debe permanecer tal como es, y el Asia también, en su condición singular, porque será siempre vano el empeño de asociar sus destinos o de fundir sus aspiraciones. Según el noble escritor, en la India combaten dos principios contrarios, Europa representada por el espíritu y por la nación. Tagore establece sutil separación entre ambos. Sólo teme al pueblo gobernado y aparejado para la conquista y explica que, en cambio, es benéfica la acción del espíritu. Nietzsche escribió, refiriéndose a la robusta creación bismarckiana, que el imperio como régimen mataría al espíritu tedesco. De la misma manera, el espíritu de la cultura occidental, libre de ataduras terrenales y hostil a la estrecha concepción moderna del Estado, puede llevar prosperidad y bienes a razas que vivían sin concierto. La alta sabiduría europea envía a las poblaciones de la India un noble mensaje de concordia y cohesión.

Francisco García Calderón

París, agosto de 1929

Pero este mismo orden es negativo, porque si impone sosiego nada crea de esencial. Emplea, como instrumentos secundarios, la policía secreta y una legión de burócratas, espía, irrita y castiga. La paz es buena, exclama el altísimo poeta, pero es mejor la vida que Dios nos ha concedido como don. Ejércitos, oficina de gobierno, todo ello es estéril y exterior. Por encima de los conciliábulos menores de la intriga y de la fuerza, el idealismo hindú celebra espasmos con las más altas expresiones del pensamiento europeo.

En las admoniciones del escritor nos interesa siempre el examen severo de la civilización europea. Su reproche capital a maneras extrañas de existir, la conclusión a que llega después de un estudio prolongado, puede expresarse así: la cultura que florece en el Viejo Continente es comercial, mecánica, utilitaria. Con un compás mide toda grandeza, la preocupan el oro y la producción. Ha inventado y multiplicado máquinas que se convierten en minotauro. Cree y afirma que el ideal de la fuerza debe sobreponerse al de la perfección. Y así se separa del Asia en violento contraste. No hallamos concierto entre dos mundos, el uno que contempla en noble paz y se avecina a Dios, el otro sensual y frenético, el primero que predica armonía interior, el otro que confunde la felicidad con el movimiento; pueblos que multiplican deseos y pueblos que los limitan; que aspiran al señorío sobre sí mismos o que persiguen la dominación sobre las cosas.

Felizmente, el Oriente no se apresura. Mientras Europa se agita, produce, oprime, crea sin mesura riquezas frágiles, los pueblos asiáticos, entristecidos, observan su desencanto y su fatiga. Ellos pueden esperar, porque el amor espera, y su hora triunfal llegará.

RAICHARAN tenía doce años cuando entró a servir en casa

de su amo. Pertenecía a la misma casta que él, y le fué confiado el niño para que lo cuidara. Pasando el tiempo, el niño tuvo que abandonar los brazos de Raicharan para ir a la escuela; de la escuela pasó a la Universidad, y de la Universidad a la carrera judicial. Pero siempre, hasta que se casó, Raicharan fué su único servidor.

Vino a la casa un ama, y Raicharan se encontró con dos señores en vez de uno. Y toda su influencia de antes sobre su amo pasó ahora a la nueva ama. Lo que halló su compensación con un nuevo llegado. Anukul tuvo un hijo, y Raicharan, con su mimo constante, logró predominio completo sobre la criatura. Lo echaba al aire en sus brazos, le hablaba en el lenguaje absurdo de los pequeñuelos, ponía su cara contra la del niño, y luego, de pronto, la apartaba, con una risa burda.

El niño supo pronto gatear y pasar el umbral. Si Raicharan iba a cogerlo, le entraba un reír travieso y se escapaba de él. Raicharan estaba asombrado de la habilidad suma y la inteligencia extraordinaria que demostraba el niño cuando él lo perseguía. Y solía decir a su señora, con una mirada recogida y misteriosa. «Tu hijo será juez algún día.»

Poco a poco las maravillas se iban sucediendo. Los primeros pasos torpes del niño señalaron para Raicharan una época en la historia humana. Cuando llamó Pa-pa a su padre, Ma-ma a su madre y Chan-na a él, su arrobo no tuvo fin y pregonó la noticia a los cuatro vientos.

Más tarde, Raicharan necesitó aguzar su ingenio de mil maneras. Tenía, por ejemplo, que hacer de caballo, y ponerse las riendas entre los dientes, y dar cabriolas con los pies. O bien hacía como que peleaba con el niño, que era su amo; y si no se las arreglaba, con maña de luchador, para caer de espaldas derrotado al final de la lucha, era seguro que se armaba el gran escándalo.

Por entonces, Anukul fué trasladado a un distrito, ori-

Mi señor el niño

llas del Padma. Al pasar por Calcuta, compró a su hijo un

andador, un corpiño de raso amarillo, un gorro bordado de oro y brazaletes y ajorcas, de oro también. Y Raicharan le ponía todo esto a su niño cuando quiera que salían de paseo, con un orgullo ceremonioso.

Vino la época de las lluvias, y día tras día cayó el agua a torrentes. El río, como una serpiente gigantesca, se tragaba insaciable terrenos, aldeas y maíces, ahogando las más altas yerbas y las casuarinas de los arenales. De vez en cuando, un ruido profundo y sordo anunciaba que se habían hundido por alguna parte las márgenes del río. El rugir incesante del agua engrosada se oía desde muy lejos, y las masas de espuma que pasaban veloces, decían a los ojos lo impetuoso de la corriente. Una tarde, aclaró un poco. El cielo estaba nublado, pero fresco y alegre. Y el pequeño déspota de Raicharan no se resignaba a estarse encerrado con una tarde tan hermosa. Se metió Su Señoría en las andaderas, y Raicharan, poniéndose entre las lanzas del tiro, lo fué llevando despacito, hasta los arrozales de la orilla del Padma. Por los campos no había nadie, ni barca alguna en el agua. De la otra parte del río, las nubes estaban rajadas en el ocaso, y el silencioso rito del sol poniente se manifestaba en todo su ardoroso esplendor. En medio de aquella inmensa quietud, el niño, de repente, señaló con un dedito y gritó: ¡Chan-na, pesiosa fo!»

Allí junto, en la marisma, había un gran árbol de Kadamba, todo florido. Mi señor el niño lo miraba con ojos codiciosos, que Raicharan sabía bien lo que estaban queriendo decir. Hacía poco tiempo, él le había hecho con estos mismos racimos de flor un carrito, y esto le dió tal felicidad a la criatura, que se estuvo todo un día arrastrándolo con una cuerda, sin obligar a Raicharan a ponerse un solo instante las bridas. ascendido, en un punto, de caballo a lacayo.

Pero Raicharan no tenía aquella tarde ganas de meterse en el fango hasta las rodillas para coger las flores. Conque, de pronto, señaló en dirección contraria, exclamando: «¡Ay, mira

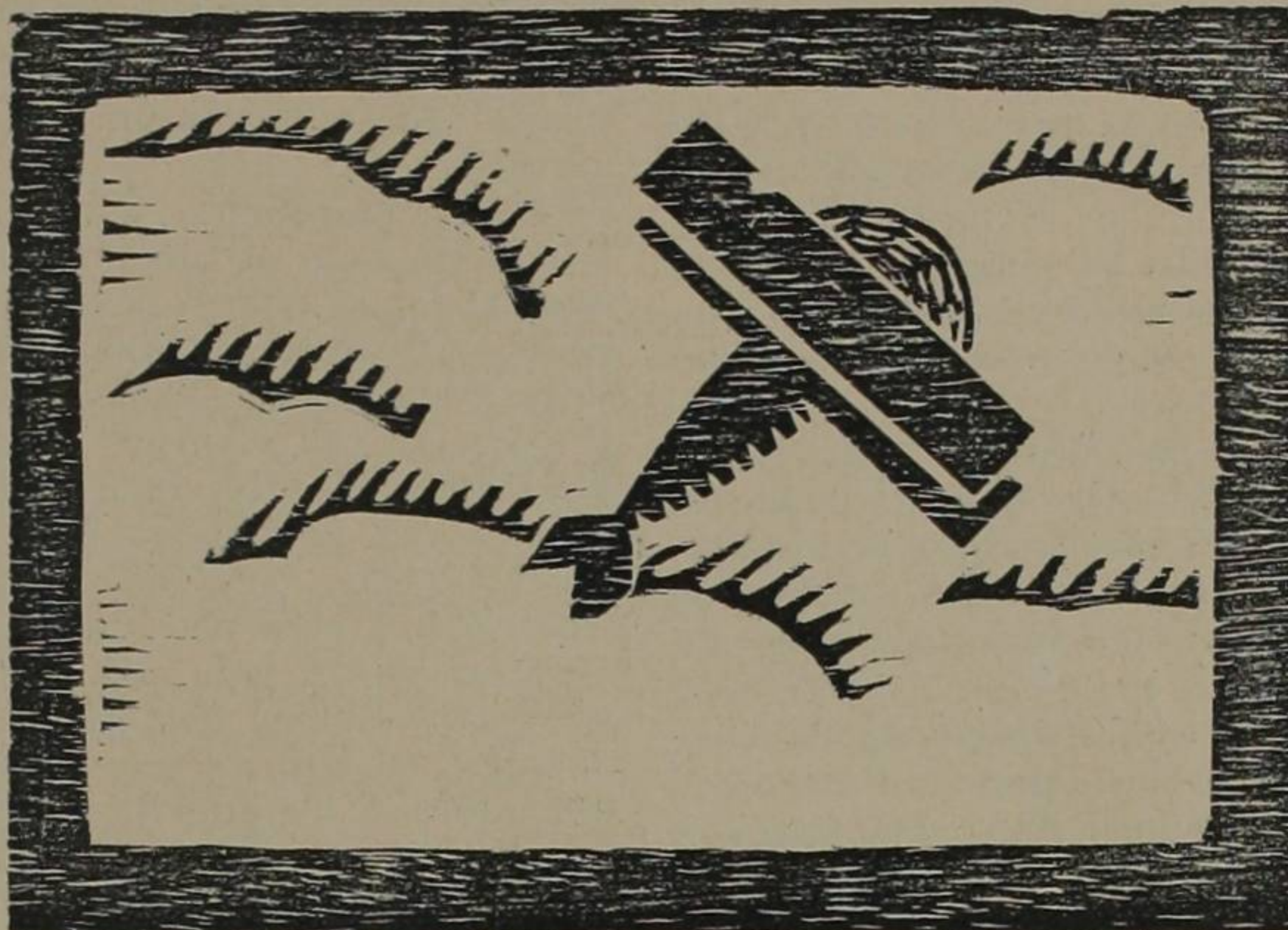
El Mensaje de México

LLEVANDO el nombre de México a través de toda la América Latina, Sidar ha recorrido en vuelo admirable todos los pueblos de nuestro Continente en su aeroplano *Ejército de México*. A pesar de que en todos los países indoamericanos, su presencia gallarda ha renovado la profunda simpatía que sentimos por el gran pueblo mexicano, parece como si las vibraciones emocionales, el interés del público, hubieran sido inferiores a las que despertaron los vuelos de «buena voluntad» del rubio embajador del imperialismo.

América no ha respondido lo bastante, lo sentimos, al esfuerzo de este bravo representante de la nación gloriosa, que, pese a los truts petroleros y a las mil redes en que el capitalismo extranjero la tiene cogida, se mantiene siempre en actitud alerta como un centinela avanzado de los destinos de las veinte naciones de Indoamérica.

Al iniciar su vuelo, Sidar no se anunció con grandes y llamativos carteles, que iba en viaje de «buena voluntad» por los países de la América Latina, ni los periódicos quisieron insistir demasiado en la calidad de mensaje que portaba uno de los más destacados y valientes soldados mexicanos. No en vano la propaganda ha laborado durante mucho tiempo a través de los cables, de las revistas, del cinematógrafo y de tantos otros medios objetivos, para presentar al país mexicano como el prototipo de los pueblos salvajes, belicosos, en perenne estado de zozobra. Y así la llegada del aviador mexicano producía siempre al mismo tiempo que el entusiasmo, el comentario truculento de los asaltos diarios a los trenes...

El mensaje de México ha sido un mensaje desinteresado. Y es que este gran país no va a los pueblos de América a bucear campos inexplorados, a tantear posibles inversiones, a ofuscar con el brillo de sus riquezas para que se le abran todas las puertas de la diplomacia y de la adulación. México no paga buenas o malas plumas que le hagan propaganda interesada y le exalten a sus magnates del petróleo, del henequén o de los cepillos de dientes. No tiene bastantes millones para eso. Algunos dirán que lo notable sería que se los consiguiese. Pero es que estos pueblos nuestros, menos materialistas, más espirituales, más quijotescos—su gran tragedia—aman más las cosas del espíritu, las bellezas ideales, el perfeccionamiento moral, si se quiere, que el terco y áspero amontonamiento de riquezas, para más tarde, a los 80 años, poder jugar al *golf* y fundar instituciones benéficas, que ni siquiera se fundan en los países donde se extrajo, mediante la explotación de sus clases trabajadoras, esa riqueza, sino en los centros donde tuvieron la dicha de



Madera de Amighetti

nacer y que luego ellos engrandecieron. Sin embargo de todo esto, que produce beatíficas admiraciones en ciertos gratuitos exaltadores del poderío capitalista, hay algo de envidiable en el destino de algunos pueblos que no son los más ricos del Nuevo Mundo. No son las Universidades, ni los grandes Colegios Especiales, donde todos los días se forjan nuevos buscadores de oro en pos de Californias fabulosas que bien pueden estar situadas en Bolivia, o en Colombia, o en cualesquier otro pobre país. No son tampoco sus hermosos hospitales, ni sus instituciones benéficas. Ni es tampoco ese ruido y ese trájú de selva virgen del que nos habla Waldo Frank, al que se tiene todo supeditado, y que significa el triunfo de la materia ciega, dotada de voluntad, para ejecutar la fría y calculadora voluntad del hombre. México, como casi todos, como todos los pueblos de Indoamérica, posee espíritu. Si le preguntamos a un gran magnate americano ¿qué es el espíritu?, se sonreirá desdeñoso. A los grandes creadores de fortunas no les importa más que los millones que pueden producir las inversiones de sus capitales en tal o cual industria o explotación agrícola o minera; el petróleo, por ejemplo, por el cual pueden desencadenar otra guerra mundial que asesinaría a otros 20 millones de trabajadores. Pero México y América Latina, y más que América Latina, México, posee un fuerte, un indomable espíritu de raza. Ama sus cosas, su tradición, sus montañas, su honda y dilatada concepción artística. México es un pueblo con historia. Una historia heroica muchas veces coloreada

Magda Portal

San José de Costa Rica

Octubre, 1929

de sangre—bautismo del cual salen purificados los seres y las cosas— y que sigue una trayectoria ascendente hacia un destino superior. Nadie que conozca algo de ese México aborigen, sus canciones populares, bravías, tiernas y altivas, su pintura popular, eje de todo un movimiento revolucionario en el motivo y en la técnica; su escultura que sigue la tradición admirable de la talla en granito que ha dejado eternizada la historia de este pueblo; su literatura, y sobre todo, su capacidad genial para crear belleza y captar sabiduría, podrá negar que, pese a todos los choques y a todas las calumnias, México es el centinela de la Raza y el índice de nuestra esperanza.

Nosotros sabemos bien que los pueblos no se hacen a base sólo de espíritu. Pero tampoco se hacen a base sólo de tecnicismo y de una irrefrenable ambición de dinero.

Sabemos bien que nos hace falta un poco del espíritu utilitario del Norte, de su practicismo, de su preparación. Sabemos bien que el enemigo está en las cataratas de oro que despeñan sobre nosotros, ahogando tantas conciencias envilecidas. Pero también creemos que si no existiera el equilibrio espiritual de los pueblos del Sur, si como los aventureros del Norte, sin otro ideal creador, hubiéramos arrojado todos sus sacrificios por conseguir tesoros, la quiebra del mundo estaría demasiado cercana, carcomida de materialismo. Y al decir esto, no es que renegemos del principio materialista de la lucha social en que toda la generación actual de América Latina está empeñada. Pero es que nuestra lucha, hay que entenderlo, no es sólo por la consecución de los bienes materiales que deriva la riqueza, el poderío, sino también por los bienes espirituales, que, como consecuencia, nos traerá la nivelación de los bienes del mundo.

Quizá si en esta lucha empeñada hace ya bastantes años, México lleva, sin mayores carteles de anuncio, una delantera a los demás pueblos de nuestro Continente. De ese conglomerado caótico que es ahora, por las revoluciones, por las luchas políticas y religiosas, por los fanatismos desencadenados, hay una sola cosa cierta: el espíritu de la raza, que oscuramente, pero maravillosamente instintivo, persigue escalar, uno a uno, todos los peldaños de su formidable pirámide de perfeccionamiento.

Y este es el mensaje que ha llevado Sidar por todos los pueblos de América. Sin grandes titulares, sin muchas poses, austeramente dentro de su noble figura de hombre nuevo, paseando por todos los vientos y por todos los cielos del Continente, Sidar nos ha traído no sólo el nombre sino también el espíritu de México.

qué pajarito va ahí!» Y con todo género de ruidos extraños, arrastró, rápidamente, las andaderas lejos del árbol.

Un niño llamado a ser juez no puede engañarse tan fácilmente. Además, nada había en realidad en aquel momento que lo distrajera; y la mentira de un pájaro imaginario no puede sostenerse por largo tiempo.

El amito era voluntarioso, y Raicharan no sabía ya qué hacer para disuadirlo. «Bueno», le dijo al fin, «estate quietecito aquí en el andador, que yo voy a cogerte esas flores tan preciosas. Pero ten cuidado ¿eh? no te vayas a acercar al agua.»

Y diciendo esto, se desnudó las piernas y se metió por el fangal brillante, camino del árbol.

En el mismo instante en que Raicharan se fué, su amito salió a todo correr hacia el agua prohibida. El niño contempló el río, que corría presuroso, con fragor y espuma. Parecía como si las onditas desobedientes fueran huyendo también de algún Raicharan más grande, con la risa de mil niños; y ante el espectáculo de su travesura, el corazón del niño humano se puso inquieto y ansioso. Se bajó cautelosamente de las andaderas, y se fué con torpe andar hacia el río. Ya en

la orilla, se inclinaba, y con un palito que había cogido, jugaba a pescar. Las traviesas hadas del río parecían invitarle con sus voces misteriosas a que entrara en su casa de juguetes.

Raicharan, con un manojo de flores en su delantal, volvía, todo sonriente. Llegó a las andaderas y no vió al niño. Miró a todas partes. Todo estaba desierto. Volvió a mirar a las andaderas. Nada.

En aquel primer momento terrible, la sangre se le heló en las venas. El mundo todo giraba ante sus ojos como una niebla oscura. De lo más hondo de su corazón partido, llamó lastimero: «¡Amo! ¡Amo! ¡Amito!»

Ninguna voz le contestó: «Chan-na». Ningún niño se rió tras él, travieso. Ningún grito de infantil alegría le acogió a su vuelta. Sólo el río seguía corriendo, ruidoso y dilatado, como antes, como si no supiese nada, ni tuviera tiempo de reparar en un acontecimiento humano tan insignificante como la muerte de un niño.

Anocheía, y el ama de Raicharan estaba desasosegada. Mandó hombres que buscaran por todas partes. Iban con linternas y llegaron a las mismas orillas del Padma. Allí encontraron a Raicharan, corriendo enloquecido por los campos, como un vendaval y gritando desesperadamente: «¡Amo! ¡Amo! ¡Amito!»

Cuando al fin pudieron traerlo a casa, cayó prosternado a los pies de su señora. Lo sacudían, preguntándole ansiosos dónde había dejado al niño, pero lo único que dijo fué que no sabía nada.

Aunque todos pensaban que el Padma se habría llevado al niño, una duda quedaba rondando en los pensamientos. Aquella tarde había sido vista por los alrededores de la aldea una cuadrilla de gitanos, y se sospechó de ellos. La madre llegó, en la locura de su dolor, a creer que el mismo Raicharan hubiese secuestrado al niño. Lo llamó aparte, y con súplica desgarradora le decía: «Raicharan ¡dame a mi niño!» ¡Devuélveme a mi niño! ¡Yo te daré todo el dinero que tú quieras, pero devuélveme a mi niño!»

Raicharan, por toda respuesta, se daba golpes en la frente. Su ama lo echó de la casa.

Anukul intentaba convencerla de que su sospecha era completamente injusta. «¿Qué en el mundo», dijo, «iba a hacerle cometer un crimen semejante?»

La madre no hacía más que decir: «¿Quién sabe?» ¡Como el niño llevaba joyas de oro!»

Y no era posible hacerla razonar.

Raicharan volvió a su aldea. Hasta entonces no había tenido hijos, y no le quedaba esperanza de tenerlos. Pero sucedió que antes de un año, su mujer dió a luz un niño, y murió.

Un resentimiento avasallador crecía en el corazón de Raicharan ante el niño nuevo. Allá, en el fondo de su pensamiento, una amargada sospecha le decía que este niño había venido a usurpar el lugar del Amito. Pensaba también que sería grave ofensa ser feliz con un hijo propio, después de lo ocurrido con el hijito de su amo. Si no hubiera sido por una hermana suya viuda que acogió como una madre al recién nacido, no hubiera éste vivido mucho tiempo.

Pero poco a poco fué cambiando Raicharan de pensamiento. Ocurrió una cosa maravillosa. El niño nuevo empezó también a gatear de un lado a otro y a pasar el umbral, con cara traviesa. También demostró una inventiva regocijadora escondiéndose en sitios seguros. Su voz, sus dejos de risa y llanto, sus gestos todos eran iguales a los del Amito. A veces, cuando Raicharan lo oía llorar, el corazón le empezaba de pronto a golpear loco contra sus costillas; y le parecía que su Amito antiguo estaba llorando en alguna parte de la tierra ignorada de la muerte, porque se había quedado sin su Chan-na.

Phailna, que este era el nombre que la hermana de Raicharan dió al recién nacido, comenzó pronto a hablar, y aprendió a decir Pa-pa y Ma-ma con voz torpe. Cuando Raicharan oyó estas palabras familiares, el misterio se le aclaró repentinamente. Su Amito no había podido librarse del hechizo de su Chan-na y renacía en su propia casa.

Las razones que Raicharan se daba en favor de esta idea eran concluyentes. Primero: el niño nuevo nació poco después de la muerte de su Amito. Segundo: su mujer no era posible que hubiese contraído méritos suficientes para dar a luz un hijo en una edad ya marchita. Tercero: el niño nuevo andaba torpemente y gritaba Pa-pa y Ma-ma. ¿Qué otra señal faltaba para indicar que era el futuro juez?

Entonces Raicharan recordó de repente la terrible acusación de la madre: «Sí», se dijo atónito, «a la madre no le engañaba su corazón. Ella sabía bien que yo había robado al niño». Al llegar a este extremo, le entró un gran remordimiento por su pasada negligencia, y desde entonces, se entregó en cuerpo y alma al recién nacido, convirtiéndose en su abnegado servidor. Comenzó a criarlo como si fuese hijo de rico; le compró unas andaderas, un corpiño de raso amarillo y un gorro bordado en oro; fundió las alhajas de oro de su mujer muerta y le hizo brazaletes y ajorcas de oro; no dejaba que el niño jugara con los otros chiquillos, y era, día y noche, su único compañero. Cuando el niño fué muchacho, estaba tan echado a perder, tan mimoso, y se vestía con tales primores, que los chicos de la aldea le llamaban «El Señorito»



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

y se burlaban de él. La gente mayor pensaba que Raicharan estaba loco perdido por el niño.

Por fin, llegó el momento de que el niño fuese a la escuela. Raicharan vendió una tierrecilla que tenía, y se fué a Calcuta. Allí, después de mucho buscar, consiguió trabajo y puso a Phailna en la escuela. No perdonaba sacrificio para darle la más esmerada educación, la mejor ropa y la mejor comida. Él se conformaba con un poquillo de arroz, y se decía: «Amo, Amito mío, como me querías tanto, volviste a mi casa, ¿verdad? ¡Nada te faltará, que yo tenga la culpa!»

Pasaron doce años. El muchacho sabía ya leer y escribir perfectamente. Era alegre, sanote y bien parecido. Se extremaba en su persona y tenía un cuidado especial al hacerse la raya. Le gustaba derrochar y tener trajes caros; y podía gastar el dinero. No se acostumbraba a mirar a Raicharan del todo como padre, pues aunque su cariño era paternal, tenía modales de criado. Raicharan también pecaba con ocultar a todo el mundo que él era el padre del niño.

Los estudiantes de la posada donde Phailna era huésped, se divertían de lo lindo de las maneras rudas de Raicharan; y hay que confesar que Phailna, a espaldas de su padre, se les unía en las bromas. Pero en el fondo, todos querían a aquel viejo cándido y dulce, y Phailna también, aunque, como he dicho antes, él lo quería con cierta condescendencia.

Raicharan envejecía, y cada vez le encontraban más faltas a su trabajo. Se había estado matando de hambre por amor a su niño, y esto lo debilitó tanto, que no podía cumplir con su obligación. Las cosas se le olvidaban. Estaba cada vez más torpe y más lelo. Y en donde ganaba, querían de él trabajo cumplido y no se ablandaban con excusas. El dinero que Raicharan trajo de la venta de la tierra, se le había acabado. Y el muchacho regañaba constantemente por ropa y dinero.

III

Raicharan se determinó. Dejó su empleo, le dió algún dinero a Phailna y le dijo: «Tengo que hacer en mi casa de la aldea. Volveré pronto.»

Y se fué a Baraset, donde Anukul estaba de juez. La mujer de Anukul, seguía aún abatida por el dolor, y no había vuelto a tener hijos.

Anukul descansaba, una tarde, de un largo y fatigoso día de tribunal. Su mujer estaba comprando a un mendigo curandero una yerba carísima, que él aseguraba que tenía la virtud de dar hijos. Alguien saludó en el patio, y Anukul salió a ver quién era. Era Raicharan. El corazón de Anukul se ablandó viendo a su viejo criado; le hizo muchas preguntas y le dijo que se quedara de nuevo a su servicio.

Raicharan sonrió levemente y contestó: «Querría saludar a mi señora.»

Entró Anukul en la casa con Raicharan, a quien la señora no acogió tan cordialmente como su antiguo amo. Pero Raicharan no se molestó por ello, y juntando las manos dijo: «¡No fué el Padma quien robó a tu hijo, sino yo!»

Anukul exclamó: «¡Dios mío! ¿qué estás diciendo? ¿Dónde está el niño?»

Raicharan dijo: «Está conmigo. Lo traeré pasado mañana.»

Era domingo aquel día y no había juzgado. Marido y mujer se pusieron, impacientes, en el camino, desde muy de mañana, esperando a Raicharan. A las diez llegó Raicharan con Phailna de la mano.

La mujer de Anukul se sentó al niño en la falda, y sin preguntar nada, reía y lloraba tocándolo, llena de emoción; y lo besaba en el pelo y en la frente, comiéndoselo con los ojos. El muchacho era muy guapo y estaba vestido como el hijo de un caballero. Y el corazón de Anukul se desbordó en una explosión súbita de cariño.

Sin embargo, el juez le preguntó a Raicharan: «¿Y qué pruebas tienes para decir lo que dices?»

Dijo Raicharan: «¿Qué más prueba quieres? ¡Dios sabe que yo robé a tu hijo y sólo Dios!»

Viendo el ansia con que su mujer abrazaba al muchacho, Anukul comprendió la inutilidad de las pruebas. ¡Cuánto más valía creer! Y la verdad era que, ¿de dónde iba a sacar el viejo Raicharan un muchacho como aquel? ¿Y para qué iba su fiel criado a engañarle?

Pero añadió severamente: «Raicharan, tú no puedes quedarte aquí.»

«¿Y a dónde voy yo ya, amo?», dijo Raicharan ahogándose, suplicando con las manos. «¿Quién me va a querer ya tan viejo?»

La mujer dijo: «Déjalo que se quede. El niño estará contento y yo lo perdono.»

Pero la conciencia profesional de Anukul no lo permitía. «No», dijo, «no puede ser perdonado».

Raicharan se echó al suelo y se abrazó a los pies de Anukul. «¡Amo», gritó, «déjame que me quede, que no fuí yo quien lo hizo, sino Dios.»

Esto nubló más el entendimiento de Anukul. ¡Echar la culpa a Dios!

«¡No», repitió, «no puedo permitirlo! ¡Ya no podría tener confianza en ti! ¡Tú has cometido una traición!»

Raicharan se levantó y dijo: «No fuí yo.»

«¿Pues quién fué entonces?», preguntó Anukul.

Replicó Raicharan: «Mi destino.»

Pero un hombre de carrera no podía aceptar tal excusa, y Anukul no cedía.

Cuando Phailna vió que era hijo de un juez rico y no de Raicharan, se enfadó, al principio, pensando en el tiempo que había estado despojado de su patrimonio; pero viendo la amargura de Raicharan, dijo generosamente a su padre: «Padre, perdónalo. Si no quieres, que no se quede con nosotros; pero pásale alguna cosilla para que viva.»

Oyendo esto, Raicharan no replicó ya. Miró, por última vez, la cara de su hijo, y saludó reverentemente a sus antiguos amos. Luego salió, y se perdió entre la muchedumbre innumerable del mundo.

A fin de mes, Anukul le mandó algún dinero a la aldea. Pero el dinero vino devuelto. No había nadie allí que se llamara Raicharan.

Rabindranath Tagore.

(De la obra *Las Piedras hambrientas y otros cuentos*. Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez. Madrid, 1918.)

Baladas del Padre Pallais

La balada del dolor que se ve y se toca

Este dolor, Dios mío, se ve, tiene el tamaño del cielo, de la noche, de la muerte, del mar. El cielo sin estrellas, esquivo, gris, hurano. La noche que se para con terquedad mular.

La muerte que nos mira con malos ojos, loca de los cien mil espantos, desnuda sin razón. Y el mar que traga, traga, desmesurada Boca, pulpo de ocho tragedias horribles, tiburón.

Este dolor, Dios mío, se toca. Ciertamente después de haber tocado, temblando conocí, que sólo somos hombres, cuando nos toca el diente divino del dolor. Este es el jabalí

para las desmedidas, trágicas aventuras de las magnas Tres Horas. Matías Grunewald sabe con sus pinceles d'extremadas pavuras, subrayar estas noches vivas, al natural.

Secuencia temblorosa, mayúscula morada, para los cuentos crueles. Si parece mentira, de leyendas nocturnas, la historia desolada d'esta desgracia, tal como sucedió. Mira:

Devuélvenos al niño, mar de encontrados vientos, pulpo d'ocho palabras groseras, tiburón. Y no quiso. La muerte tocó sus instrumentos, sus tubas, sus marimbas solemnes, su violón.

Otra vez en mi casa solariega, veías, que todos esperaban al hijito menor. Pasaron muchas noches, pasaron muchos días, pero ahora, ya vuelve. Cortaremos la flor

de las buenas promesas cumplidas. Su carrera de médico en París, nota sobresaliente, la muerte con los ojos abiertos, en espera, se lució como siempre. No llores. Solamente

quítad esas cortinas rosadas, pues hermanos, no vendrá con sus pasos el hijito menor, sino con pies marchitos y juntas sus dos manos, bajo la milagrosa paz de Nuestro Señor.

Otra vez, una fragua, dos hermanos herreros. Siempre en las herrerías, encanto gregoriano, cantan su bien cantada misa, los mañaneros metales, canta el fuego, canta la noble mano.

Un rifle que no sirve del todo, sin embargo sirvió para matar. Es aprovechadora d'ocasiones la muerte. Para cumplir su encargo, salió d'aquella ruina de rifle, matadora,

increíble, la bala, una bala divina, sin estos parpadeos de l'equivocación. Hijos, esposa, madre, en Jesús s'ilumina la noche, nuestra noche de la crucifixión.

Todos, todos seremos crucificados, pero hay unos que *son* muertos en la noche sin día y otros están dormidos esperando el Lucero Alegre, más alegre, mucho más todavía.

Brujas de Flandes, Septiembre de 1929.

La balada de las manos que estaban tocando piano

(A Fernando Midence)

Cada vez que nos habla sin palabras, la mano, llena de sustantivo silencio, la ciudad es árbol. A la sombra religiosa del piano, todo s' hace profundo, todo s' hace verdad.

¡Es profunda la mano, muy profunda, buceso! Profundidad del cielo, profundidad del mar y la boca la pobre, vacío mensajero y títere de vueltas y bufón y juglar.

Es la mano palabra firme como la roca, hacedora palabra que se cumple d' inglés; y palabra latina d' habladores la boca: *antes fueron verdades y mentiras después.*

Mano sobre las teclas vales más ciertamente que las bocas abiertas de cien mil diputados, en estas democracias, donde tranquilamente condecoran al lobo por sus rojos pecados.

Mano sobre las teclas, oyendo mis oídos profundos oyen, oyen, oyen hasta morir. Es la boca taberna de los pasos perdidos; y tesoros hallados, oír, oír, oír.

Que sigan estas manos sobre las teclas. Vida, hazte oídos! que todos cierren la boca, para que silenciosamente la mano florecida nos haga ver a Dios sin velos, cara a cara!

La balada de los que son anticlericales porque quieren hacerse grandes hombres

Eminente sin duda, cómo no lo sería, como los invariables discos de la victrola, repite sus lecciones de francmasonería. En América, vemos bien abierta la cola

d' España: Titereros, bufones y payasos. Triunfa la destemplada voz anticlerical. Y como quien declina los seis bailados casos, somos una ruidosa marcha pavo real.

Y vivimos, hablando, hablando, mientras tanto, en un silencio, d' obras bien hechas, el inglés ejercita sus manos y marcha el adelanto, como un adelanto de incontenibles pies.

Y se resume toda la América española, en la cresta encendida de Calles mata curas; y es la América inglesa de los motores, ola de riquezas presentes y también de futuras.

Encarcelando monjas y asesinando frailes, glorifican su viejo credo republicano y luego son discursos y proyectos y bailes y mentiras y robos y pueblo soberano.

Eminente sin duda, cómo no lo sería, como los invariables discos de la victrola, repite sus lecciones de francmasonería. En América, vemos bien abierta la cola

d' España: Titereros, bufones y payasos. Triunfa la destemplada voz anticlerical. Y como quien declina los seis bailados casos, somos una ruidosa marcha pavo real.

Brujas de Flandes

La glosa de los retrógrados

(A Max Jiménez)

Arrastrarse en el reptil es sencillamente admirable, como andar en el caballo y volar en el pájaro y pensar en el hombre.

El reptil como es reptil se arrastra. No sale de su paso natural de bestia humilde que camina como quien mide la tierra. Medidores de la tierra. Y es bueno que la tierra sea medida.

El reptil arrastrándose casi anda y el caballo andando casi vuela y el pájaro volando casi piensa y el hombre pensando vuela tanto que se hace dueño del séptimo cielo y se coloca, hacia arriba, sobre el último peldaño de la escala de Jacob. Y en el primer peldaño de la escala está el reptil que anda como quien mide la tierra. Y entre el reptil y el hombre, puedes ver toda la escala.

Los verdaderos hombres retrógrados, pues, son aquellos que pudiendo volar pensando, hasta el séptimo cielo, se arrastran y prefieren ser reptiles que caminan como quien mide la tierra.

En nuestros días y en esta Nicaragua del *hermano mayor subrayado*, si quisiésemos juzgar por los artículos de ciertos periódicos y por los ditirambos de ciertos discursos y por las pantomimas de ciertas propagandas y por las declaraciones de ciertos diplomáticos y por las Villas Stimson y por quién sabe cuántos otros pasos más, todos ellos reptílicos, medidores de la tierra, diríamos, que estamos en la hora de los hombres retrógrados, volviendo ¡pobre *homo sapiens!* hacia atrás y hacia abajo, no ya al hombre primigenio de las cavernas, ni el pretendido hombre fósil del terciario, ni siquiera al pájaro o al caballo, ¡quién fuera pájaro! ¡quién fuera caballo! sino hemos vuelto al reptil que se arrastra midiendo la tierra. Estamos no de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo, en el último peldaño de la escala. Retrógrados.

A. H. Pallais

Brujas de Flandes

Bartolomé Soler y la tragedia española

— De *El Tiempo*. Bogotá. —

Soler, se proyecta todo el espíritu inconfundible de la patria de Unamuno. Lo cual podría indicar que en esa federación ibérica, en donde se tocan temperamentos tan distintos como el catalán, el andaluz o el castellano, en donde la lengua cambia de Bilbao a Barcelona, hay,

Germán Arciniegas.

Puso (Paul Groussac) igual tenacidad en la fustigación de otro vicio sudamericano de herencia peninsular: lo que llamó «el cultivo del floripondio». Ampulosidad enfática, períodos multicolores y restallantes, metáforas informes, adjetivación parasitaria, son otros tantos síntomas de una enfermedad del gusto, favorecida por la indole del idioma, que nos expone de continuo al vértigo de la oratoria. Nacen de ahí la vacuidad sonora, el fetichismo verbal, la endeblez del pensamiento que no necesita concentrarse para obtener fulgores de latón. Groussac ha combatido esa maleza con saña vengadora. Ha predicado incansablemente, y no sin frutos, la sobriedad, la línea recta brevísima, la adecuación estricta de la palabra a la idea, «el odio al galimatías y la pasión de la noble, de la difícil simplicidad».

Alfonso de Laferrére.

(Páginas de *Groussac*. Buenos Aires.)

con todo, la unidad de un pueblo que es el más nítidamente diferenciado en la vasta teoría de naciones que van desde el Duero hasta

el Danubio, y tal vez hasta el Volga.

Marcos Villari es el hombre fuerte, imperturbable, que sólo acepta la vida como una afirmación constante, cualquiera que sea la palabra que traiga en sus labios el destino. «Un hombre cari-parejo hasta el insulto, que no contraía el ceño, ni se le enfoscaban los ojos, ni hacia el menor visaje de dolor, de sorpresa o de sentimiento.» Dios es Dios decía Marcos Villari, y hace lo que quiere.

Y el destino vuelca todas sus miserias, la muerte, la deshonra, el dolor, la mala lluvia, el sol inoportuno, sobre los viñedos, sobre la mujer de Marcos Villari. Lutos, desolación, heridas del alma, que ponía el hombre imperturbable en el arca del silencio. Silencio que rezumaba de las paredes, de la noche, que se quebraba en la soledad porque de los labios de Marcos Villari no salía un lamento, ni una palabra, y sus manos endurecidas en el trabajo antes que contraerse en un gesto de rebeldía o de protesta, como que se alargaban en el apaciguamiento eucarístico de una bendición. Las mujeres se quejaban y solían arrebujarse en los rincones de la casona silenciosa.

*Sant Marc, Santa Crén,
Santa Bárbara, no ens deixen.*

Marcos acallaba sus rumores: Dios es Dios y hace lo que quiere!

Pocas palabras dijo en su vida Marcos Villari. Periódicamente, la muerte fué trazando con un ritmo siniestro círculos fatídicos en torno de Marcos Villari. Y Marcos vió llegar el término de sus destinos sin que ya ni en el más remoto horizonte viera ni una cabeza querida, ni una leve ilusión en pie. Entonces, con un gesto sacrilego, se arrancó la vida, como descuajando un eje inútil en torno al cual jamás pudo girar ni una sombra feliz.

Es una visión horrenda, como las de don Juan Manuel de Montenegro al cerrarse la tragedia bárbara de Valle Inclán. La emoción se somete a una viacrucis desde que levanta la primera página del libro hasta que dobla lentamente la última.

¿Ha sido por un exceso de sensibilidad como han podido los españoles penetrar tan hondo en el campo de la tragedia? Tal vez no. Es precisamente la ausencia de sensibilidad lo que permite afilar el estilo para rasgar hasta el último velo en donde quisiera ocultarse la fuente del dolor. Pero en el español, si esa ausencia de sensibilidad no existe, si hay la disciplina de la sensibilidad, la sensibilidad que se domina, en el cauce pavoroso de la inquisición, en el espectáculo de los circos, que se contiene en los anillos invisibles de la superstición popular, o del destino, del futuro, a que se acogen los espíritus más elevados.

La tragedia rusa, la de la novela rusa, es cerebral. Ocurre con frecuencia en tipos anormales, en personajes que sufren desquiciamientos de la mente bajo el influjo del alcohol, de la epilepsia, de las persecuciones. La tragedia española es humana, sencillamente humana. Tal vez, en el centro de ella hay una capacidad para la afirmación que Europa no tiene hoy, y por eso bajo el velo del infortunio late el corazón de los tiempos futuros en la incógnita azarosa de la vieja España.

El conde de Keyserling singulariza en dos nombres el panorama intelectual de España: don José Ortega y Gasset y don Miguel de Unamuno. El fino director de la *Revista de Occidente* representa el grupo europeo de la península: un grupo que busca los más altos niveles de la cultura europea, que trata de interpretar los problemas fundamentales de la vida, pero no a través del espíritu español, sino acomodando el pensamiento a las maneras y al tono del continente, y ya se sabe que en Europa el Continente es una cosa, y otra cosa, bien distinta por cierto, es la península. Unamuno, en el otro extremo, es la imagen de la España profunda, austera y personal, la España del sol implacable, de las llanuras castellanas, de las sierras y de Salamanca, que no es cerebral—como la de Ortega—sino humana,—que tiene un concepto trágico y heroico de la vida, que surge como una afirmación desconcertante—antigua y eterna—en un mundo raído por la duda y por la incertidumbre. José Ortega y Gasset proclama el arte nuevo, deshumanizado, como una creación independiente del sentimiento y que no se apoya en la realidad sino para tomar de ella el impulso que le permita alejarse de la realidad misma. Unamuno hace exactamente lo contrario en sus tres novelas ejemplares, por donde pasa el hombre con toda la grandeza de sus instintos siguiendo los eternos impulsos de la tragedia terrenal. Ortega y Gasset se ha plegado dócilmente al ritmo que viene de más allá de los Pirineos. Unamuno parece bañarse en el fuego del Africa, y su individualismo avasallador tiene reminiscencias de San Agustín.

Por lo demás, el arte español se encuentra más a tono con el pensamiento de Unamuno. Es un arte que, si abre sus frondas al cielo, clava las raíces en las entrañas de la tierra. Así las esculturas de Julio Antonio, así los grabados de Goya y los lienzos desde Ribera hasta Zuloaga y Villadrich, las obras maestras de la pintura española, no pertenecen a Europa sino a España. Hasta los más altos exponentes del Renacimiento italiano hubieran podido nacer en otros climas, y sin desconcierto podríamos suponer sus obras más representativas firmadas en París o en cualquiera otra ciudad de Europa, porque Roma, Florencia, Padua o Venecia no fueron sino fenómenos europeos. No así Madrid, ni Toledo, ni Barcelona. Los borrachos, el Esopo y el Edipo, el San Francisco del Greco, las aguafuertes de Goya, como las brujas de Zuloaga o las beatas de Villadrich, todas las obras representativas del genio peninsular, no se explican sino dentro de esa provincia amurallada y hosca que vigila la lámpara maravillosa del Escorial.

Bartolomé Soler pertenece al meridiano de don Miguel de Unamuno y con esto queda definida su posición en el arte. Marcos Villari, el héroe de Bartolomé Soler, parece extraer toda su grandeza de las tierras catalanas: catalanes son los paisajes, los hombres, las cosas que se miran en todas direcciones en el tomo de Marcos Villari. Y, sin embargo, el héroe y su tragedia no son catalanes, sino españoles. Sobre el regionalismo exaltado de la prosa de Bartolomé

Eugenio Noel en el Municipal

— De la revista *Cromos*. Bogotá. —



Cómo vió en la noche del lunes pasado, a Noel, nuestro colaborador *Cirano*.
(Caricatura de *Cirano*).

Es lugar común de la fisiología que los materiales de que está hecho el organismo varían totalmente cada siete años. De ser cierto, cobra la cifra 7 nueva significación, que aumenta las que ya tenía en la mística, la cábala y la ciencia de los ritos. Queda por saber si esta renovación total de los materiales humanos afecta a las emociones y a las ideas. ¿Varía cada siete años el rumbo del artista, el punto de vista del crítico? Hace siete años escribió el que esto firma su primer balance crítico de Galdós. Es, pues, hora de releer a Galdós.

De Cervantes acá, es el español que más directa y profundamente se ha acercado al hombre. Tal pensaba hace siete años. Tal pienso hoy, releídas sus obras más significativas. Esta virtud galdosiana es fruto natural de su libertad de pensamiento y del vigor de su intuición.

Libertad de pensamiento quiere decir limpieza de prejuicios. Galdós no tenía prejuicios. Bien es verdad que la serie *Doña Perfecta*, *Gloria*, *León Roch* y *Electra* parece indicar en su vasto horizonte una limitación anticlerical. Pero todo el resto de su obra desmiente de un modo rotundo tal limitación. Fuerza es explicar esta serie de obras de tendencia como un episodio, no sólo de su pensamiento, sino de su labor. Intentémoslo, aunque sólo sea en esquema.

Galdós escribe en un ambiente hostil. Como todo español, siente la hostilidad de una opinión y de una fuerza (más fuerza que opinión) que odia cerrilmente toda libertad. Simpatizante con lo católico (como lo es, tarde o temprano, todo español inteligente), siente subir en su alma la santa cólera contra lo clerical. Lo clerical no es religioso. Es un producto típico de nuestro suelo, mezcla confusa de lo intransigente y de lo militante, en la que hay más deseo de imponer que de persuadir, más hambre de acción que sed de luz y pensamiento. Galdós cae gradualmente bajo los efectos de este cáncer de la sociedad española que a todos los españoles vicia: a los unos, por incitarles a ejercer violencia sobre el pensar ajeno; a los otros, por hacerles perder la clarividencia del hombre verdaderamente libre (en lo interno y en lo externo) al sentirse amenazados en su libertad exterior. De aquí, en Galdós, un primer elemento, puramente subjetivo, de tendencia anticlerical.

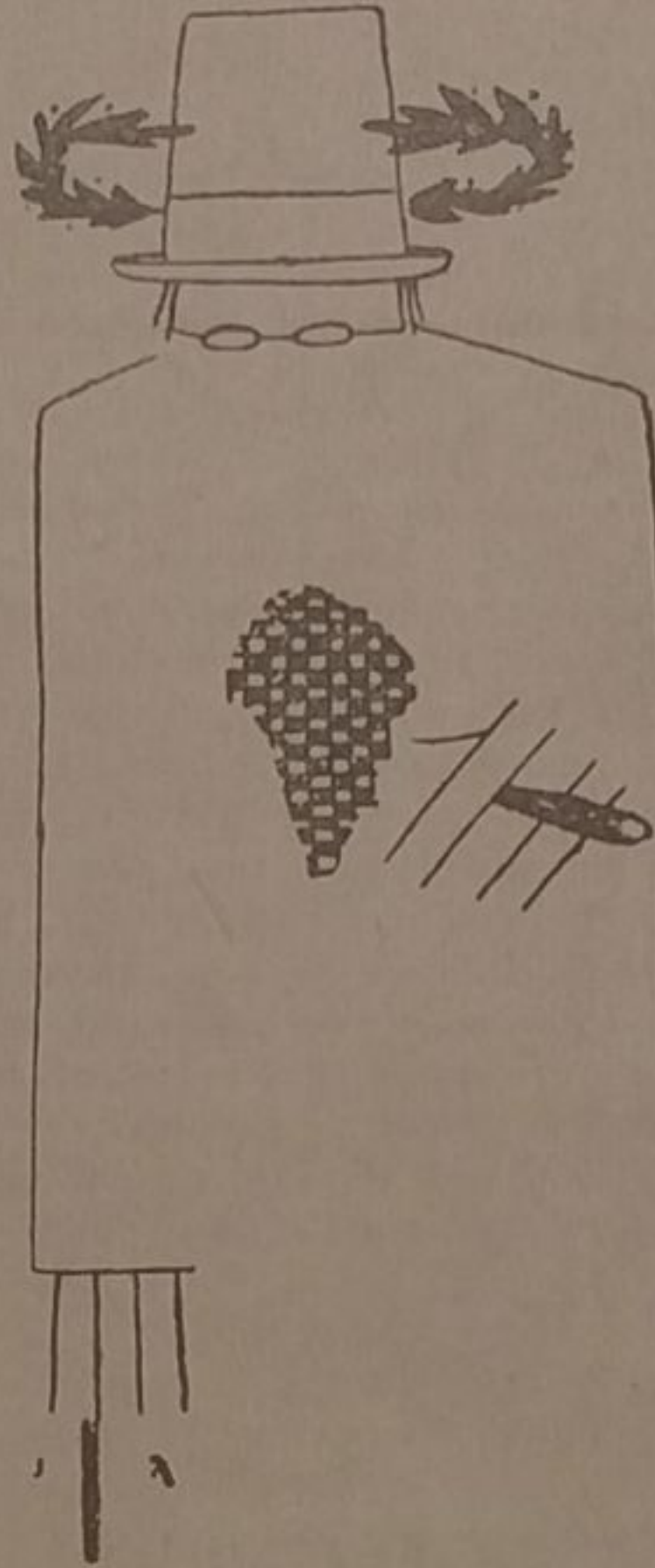
Por otra parte, espíritu creador, cuya materia prima es la observación, Galdós ve con su acuidad habitual los tonos sombríos que el Ala Negra proyecta con su fatídica sombra sobre la vida española. Fuerza es que los apunte y manifieste en su obra con toda la fuerza siniestra que hay que reconocerles en la realidad. De aquí un segundo elemento, puramente objetivo, en su tendencia anticlerical. (Para que nada falte, sospecho que el episodio de *Electra*, que se coloca veinte años después de la publicación de los tres primeros libros anticlericales, parece haberle sido inspirado por débil prurito de mecense en la cresta de una ola de popularidad nacida del famoso caso Ubao. Quede constancia, a beneficio de corrección por parte de quien sepa más.)

Pero la pureza de su libertad de pensamiento queda demostrada con sólo observar con qué facilidad se redime de esta tendencia anticlerical y la supera. Al fin y al cabo, por muy santa que sea en lo ético, la cólera empaña el espejo del alma, que debe permanecer diáfano para recibir y reflejar lo estético. Así lo comprende Galdós. Y en todo el resto de su obra, su voz es tranquila y su mirada serena.

Revisión de Galdós

—De *El Sol*, Madrid—

A Pérez de Ayala, heredero, sucesor natural de Galdós en la Academia Española.



Galdós

Por Bagaría

Libre de pensamiento, vigoroso de intuición, Galdós es el psicólogo más acabado que España ha producido desde Cervantes. De él acá habrá más sutileza, no más profundidad. Cuando vayamos poco a poco sedimentando los descubrimientos que estamos haciendo en nuestra vieja España, quizá lleguemos a la conclusión de que la mayor excelencia de su genio está en su intuición psicológica. *La Celestina*, como documento humano, es muy superior a todo lo contemporáneo y quizá a todo lo europeo hasta Cervantes y Shakespeare. La mina psicológica del *Quijote* está a medio explotar; Galdós es inagotable.

Cuanto más se le lee, más se ensancha y ahonda ante nosotros el panorama de la psicología humana. Galdós inventó la palabra *impulsología*. Como nadie, ha sabido analizar y describir (a su manera, es decir, re-creándolas) las diferentes capas que constituyen la complicada geología del carácter; a veces, en su situación normal; a veces, como en los terrenos naturales, alteradas, torturadas y aun invertidas por los cataclismos del destino y del fuego interno.

El problema de las supra, infra y aun extraestructuras que el hombre se forja cuando topa con una realidad rebelde a su estructura normal parece haberle fascinado. He aquí a Doña Paulita en *La fontana de oro* (obra escrita antes de los treinta) Toda su vida, una beata modelo de la timorata especie. Pero bajo la estructura normal y corriente de su beatería se va formando una infraestructura que alimen-

tan en secreto todos los instintos femeninos secuestrados en su subconciencia. Doña Paulita en soterrano es una amante apasionada. Y cuando el azar de un accidente en la novela le hace dar un tropezón, he aquí que todo el edificio, falso y aparente, se viene abajo y se eleva ante el mundo la infraestructura oculta y real.

He aquí a Doña Catalina de Alonso Castro en *Angel Guerra*. Mujer algo tocada y extravagante, de buena familia, que, venida a menos, se casa con un hombre inferior en dignidad y gobierno. Hambre, humillaciones, degradación. Y como persona que incapaz de resistir una morada incómoda se refugia de cuando en cuando en casa de una vecina, Doña Catalina se forja una personalidad aneja y lateral, una extraestructura, a la que va a refugiarse cuando se le hace insoportable su personalidad corriente. Es doña Catalina de Lancaster, heredera de reyes.

Galdós observa con su acostumbrada infalibilidad cómo en los casos de crisis en que se requiere decisión y nobleza Doña Catalina se ve libre de sus ilusiones y es toda una Doña Catalina normal.

Y así tantos y tantos personajes. Angel Guerra, el prototipo de ellos. Hombre vigoroso y voluntarioso, cae bajo la fascinación de Leré, de quien se enamora. Pero Leré es una mística que poco a poco le va elevando por el camino de perfección, ella cree que hacia Dios; él, fascinado, también. Pero en realidad, Angel Guerra sólo sube porque por el mismo camino de perfección va subiendo Leré en persona, que Angel Guerra sigue como seguiría por el camino de perdición si Leré lo hubiese escogido. La superestructura mística sale a las mil maravillas de manos de la gentil constructora; pero el lector divisa su índole artificial en cuanto se da, de aquí, de allá, algún incidente un tanto violento que la sacuda: la noche que Angel pasa velando un enfermo junto a Leré; el ataque nocturno y riña con Aristides, y tantos otros casos. Y al final, aquella muerte tan perfectamente construida por nuestro artista, en que Angel Guerra, habiendo confesado a Leré su verdadero amor humano y completo, entrega el alma de cara a la pared sin acordarse de la Extremaunción.

Irrita en Galdós el descuido. Escribe como se debe escribir: al pan pan y al vino vino. Su descuido no es, pues, de estilo, salvo en cuanto, como buen español, no da al estilo la menor satisfacción desinteresada y lo utiliza como burro de carga para llevar la sustancia. Pero no cabe duda de que escribió demasiado. No pocas de sus obras adolecen de falta de maduración y se nos presentan no como formas construidas, sino como narraciones, en las que no parece haber más norma que el llenar cierto número de páginas. Así, *Nazarín*, grande por el personaje principal y aun por alguno de los menores, no tiene plan, y con un comienzo admirable termina en golletazo vil de maleta de pueblo. En esta excesiva producción a expensas de la madurez y forma, Galdós recuerda a Lope de Vega, con quien le unen no pocos rasgos de paralelismo, los que derivan de su común fuerza prolífica, en todos los sentidos de esta admirable palabra.

Pero la virtud suprema de Galdós, la que lo eleva por encima de todos los españoles, menos Cervantes, y de todos los extranjeros, menos Shakespeare, es su don maravilloso para

(Pasa a la página 266.)

El hombre.—José Martí, apóstol y mártir de la independencia cubana, muerto en 1895 con las armas libertadoras en la mano, era un fuerte. No es extraño así que revelase un optimista amor hacia los niños. Los espíritus fuertes se hallan atentos al porvenir, escrutándolo ansiosos y forjándolo obstinados. Forzosamente, entonces, el niño, que es el porvenir disperso y colocado al alcance de sus manos creadoras, debe atraerles. Martí, que fué orador, periodista, crítico y poeta, todo en excelso modo, fué también maestro. No pudo consagrarse a su vocación; tocóle vivir en una hora convulsionada, a la que entregó, con la infinita capacidad de sacrificio de las almas grandes, su pluma de escritor, su verbo de tribuno y su fervor de hombre de acción.

El prócer sin tacha, el escritor idealista, el orador magnético, el maestro laborioso, han encontrado el eco de cien plumas apologeticas que vibran entusiasmadas al contacto de su obra. Martí lo fué todo, porque en su pequeño y nervioso cuerpo se encerraba una singular alma de hombre. Dice Enrique José Varona: «No, no hay vida más digna de admiración que la del patriota José Martí... «Fué maestro que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral. Y por su vida de abnegación y por su muerte ha merecido que se sintetice su carrera en la palabra gloriosa, que pone un limbo resplandeciente en torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a los Prometeos clavados en su roca y a los Cristos clavados en su cruz, la palabra sacrificio. Antonio Batres Jáuregui fué su amigo. Lo trató en el destierro, pobre y trabajando por su ideal, estoico, superior a su destino cotidiano que, duro y espinoso, lo mortificaba pero no lo empequeñecía. Y lo pinta así: «Jamás se le oyó un leve lamento ni una sola queja contra lo acerbo de su propia suerte. Trabajaba con laboriosidad, sin jactancia ni vacilaciones, y perseguía una idea fija, que lo llevaba de la choza del desvalido al alcázar del magnate, siempre sereno, risueño, amable, por más que su corazón estuviera lacerado de amargura.» Y Américo Lugo: «En él, el hombre vale más que el orador, el escritor y el patriota. Estos y todos los demás aspectos de su vida están iluminados con el esplendor que irradiaba de lo más íntimo de su persona, y es ese esplendor lo que da a sus actos y a sus palabras un sello de pureza y perfección.»

Por eso este hombre, a quien la naturaleza hubo dotado de tan admirable proteísmo, pudo concentrar todas sus luces en un haz, y hacerse apóstol. Fué apóstol de la libertad: «La libertad—dice con su estilo denso de imágenes—pone alas a la ostra.»

Había tal hombre en él, que de haber actuado en un escenario más grande que el de su pequeña isla de Cuba y en una obra de mayor repercusión en la historia, su figura sería universal.

El maestro.—Su actuación como maestro la realizó al margen de su vida inquieta, dispersada en todas las actividades que la hora de lucha exigía de él; sin embargo, dejó una honda huella en quienes lo vieron actuando: «Martí fué, sobreponiéndose a todas



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Martí y La Edad de Oro

—De La Prensa, Buenos Aires—

las demás facetas de su vida fecunda, el maestro de escuela ideal. Enseñaba deleitando, y aprender de sus labios era un gozo.» (Higinio J. Medrano.)

El maestro—como el actor, como el orador—sólo puede ser apreciado por el que lo ha visto y oído. Hay en su faena mucho de psíquico. Lo que irradia de simpatía humana, de poder convincente, vale más de lo que enseña. Quienes oyeron, vieron, sintieron a Martí enseñando, nos han transmitido páginas de fervido elogio: «Él llegaba de nueve y media a diez, después de haber acabado su clase nocturna, con la que ganaba el sustento. A su llegada iluminábanse los rostros y ensanchábanse los corazones. A pesar suyo se le quitaban los periódicos, revistas, libros y el sombrero que llevaba en las manos, y se las estrechaban sus discípulos humildes, de una manera efusiva, cordial. Sentábase en su silla, delante de la mesa, y principiaba a revisar y poner en orden los papeles que sobre ésta estaban, escritos de antemano, sin firmas. ¿De qué trataban? Eran de ignorantes ansiosos de saber. Por eso en cierta ocasión que hizo Trujillo una relación de las clases de La Liga, llamó a ésta enciclopédica.» (M. J. González.)

Su cultura era portentosa. Todo lo había leído. Su vida trajinada, de lucha, de prisiones y destierros, de propaganda y zozobra, no le impidió leer siempre, estudiar siempre y estar siempre dispuesto a dar (a puñados, como quien diera

sol o salud o felicidad o esperanza) el tesoro de sus múltiples conocimientos, acrecentado con el de sus propias observaciones y el de sus personalísimas reflexiones.

Refugiado en Nueva York, después del fracaso de la primera revolución cubana, estableció allí una cátedra gratuita para «obreros y cubanos necesitados». Se la llamó de «Preguntas y Respuestas», por la forma en que se ejecutaba: «sin libros, con los brazos cruzados a la espalda, Martí replicaba con pasmoso conocimiento y penetración las interrogaciones que sobre distintos asuntos se le hacían, poniendo en sus palabras aquella dulzura tutelar que le hizo amado de cuantos tuvieron el gozo de estrechar su mano. Dirigía aquellas clases con el sello de la más suave de las dedicaciones, en las que era su cerebro el único libro, revelándose de tal manera el maestro por excelencia.» (1).

Si a tan excelsas condiciones de magnetismo personal, de rara cultura, de capacidad para comunicarse con el espíritu de sus oyentes, se agrega en Martí su temperamento amoroso, cándido, de poeta, podría vislumbrarse el valor de su enseñanza brotando viva de sus labios. Su ternura sólo tenía par en su grandeza, su ahínco de realizar el bien en su sabiduría.

Con tantas condiciones morales e intelectuales, por fuerza, Martí debía ser un intenso amante de la niñez; su porvenir debía preocuparlo profundamente.

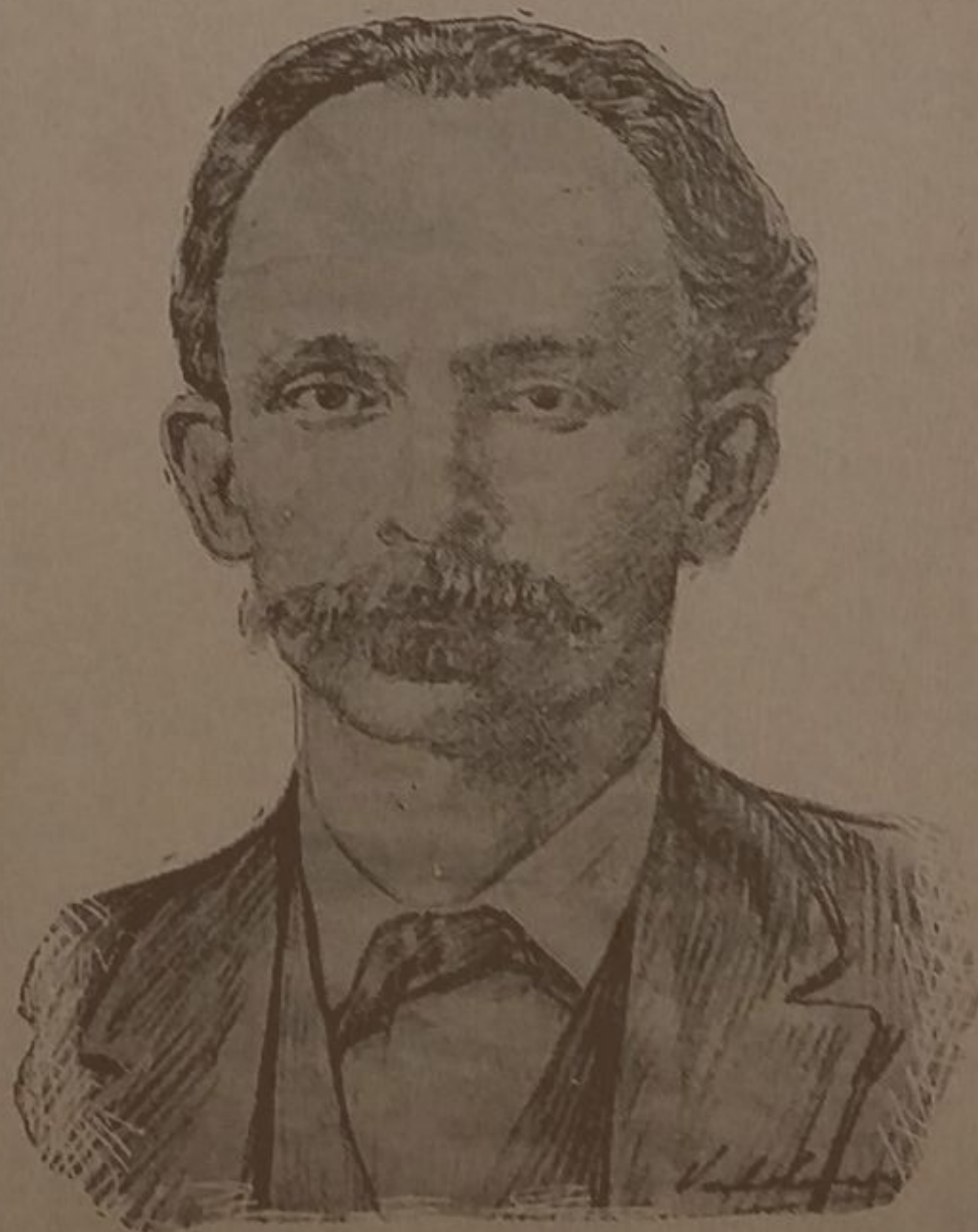
Y así lo demostró, como poeta en *Ismaelillo* y como pedagogo en *La Edad de Oro*, revista infantil, efímera y fecunda que redactó y orientó con videncia de precursor.

Ismaelillo.—El poeta, ya fuerte, ya íntimo que había en Martí, se lo halla en tres pequeños y singulares libros: *Versos libres* (1882), *Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891). Martí, es con el mexicano Gutiérrez Nájera, el cubano Casal y el colombiano Silva, el precursor del movimiento de renovación poética que habría de hallar su vocero en el nicaragüense Darío. El patriota revolucionario, como se ve, lo era también artísticamente.

Su breve libro *Ismaelillo*, tan breve que sólo consta de quince composiciones volcadas en metro de romancillo, frágiles, ligeras, aladas, encierra su inspiración de padre amantísimo. *Ismaelillo* es el hijo del poeta. Su amor a la infancia lo cristaliza en él y a él consagra los manantiales de dulce ternura que brotan de su espíritu fervido.

«Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti—reza la dedicatoria—. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

«Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, díles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arcos de gala te me has aparecido. Cuando he



José Martí

Por Valdeirrama

(1) Relación del doctor José Jacinto Luis, miembro de la Junta revolucionaria cubana en Nueva York y amigo directo de Martí, recogida por Higinio J. Medrano en su artículo *Martí: maestro de niños y de hombres*, publicado en el tomo 4, número 13 del *Repertorio Americano*, la notable revista interamericana.

cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón. ¡Lleguen al tuyo!

He reproducido esta dedicatoria, porque en ella está Martí de pie, vivo, accionando y hablando en toda su talla, su movilidad y su fuerza. Aquí está todo él: altivo y tierno, sincero y cordial, muy español en la actitud épica y muy americano del trópico en la blandura de la voz.

En *Ismaelillo* hay composiciones ricas en ternura, cualidad ésta poco frecuente en la poesía hispanoamericana de la época. Y esto es lo admirable en Martí. La dualidad que pudo mantener latente en su alma, que vibró en los combates *Versos libres* y suspiró en los extasiados romancillos que decía al oído de su pequeño.

Sueño despierto, *Mi reyecillo*, *Amor errante*, *Sobre mi hombro* y *Mi despensero*, son páginas líricas plenas, amorosas, blancas, aunque a veces rayadas por la viva luz de un relámpago de inquietud. Piensa el padre en el porvenir del niño. Y le dice heroico.

¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Pero donde está pintado de admirable modo este momento psicológico que denuncia la cantidad de idealista que había en Martí, tanta que superaba a su amor de padre, es en uno de sus *versos sencillos*, el XXXI:

Para modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir:—
¡para eso no! ¡para ir,
patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo:—
¡mejor en la ceja oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural:
¡hijo, por la luz natal!
¡hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vill!

¡Basta este grito hondo para apreciar el temple de tal alma!

Y el hombre capaz de gesto tan de hombre de lucha, escribía también las frescas, mansas, encantadoras estrofas de *Los zapatitos de Rosa*—que no está en ninguno de sus tres libros; obra maestra de poesía infantil, ya que ella es sencilla sin ser balbuceo—o *Mi caballero*, escena de cotidiana realidad y pureza emocionante:

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
¡Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en sólo un beso!

Martí, ha afirmado: «Un grano de poesía sazona un siglo.» La vida y la obra de Martí quedan sazonadas con este grano de honda, tierna, verdadera y grande poesía que es ese al parecer sencillo juguete rítmico que se llama *Mi caballero*. Tanto es su calor humano, la potencia entrañable de su intimidad.

Revisión de Galdós...

(Viene de la página 264.)

fundir en una sola esencia lo cómico y lo trágico de la vida. Maxi, Pepet, el Amigo Manso, personajes que nos hacen a un tiempo reír y llorar y comprender que aun cuando es risible y cómica la vida, es grande y bella.

España aporta al mundo una comprensión de la vida rica y profunda. La comprensión francesa suele ir limitada por lo racional y frío de la mente de Francia; la rusa suele perder la luz y la esperanza en un realismo cruel. La inglesa, por el contrario, es optimista a expensas del realismo. Sólo la española parece poseer tesoros suficientes de vitalidad para ser a la vez realista y optimista. Galdós, que lo vió todo, supo sonreír.

Salvador de Madariaga

La Edad de Oro.—En *La Edad de Oro* está el amor que Martí sintiera por el niño, por todos los niños, más allá del propio hijo. *La Edad de Oro* fué una revista que redactó en su destierro de Nueva York para los niños de Hispanoamérica. Tuvo vida efímera, sólo alcanzó cuatro números, que forman un tomo admirable y que aún pudiera servir como ejemplo de una revista para niños. El primer número lleva la fecha de julio, 1889. Asombra pensar que hace cuarenta años, en aquella hora de incertidumbre, ese hombre consagrado a la dura labor diaria y a la lucha pudiese imaginar una revista así, con tal videncia de pedagogo; son los milagros de la buena voluntad, del ahincado deseo que poseyó a Martí siempre de realizar el bien, de mejorar a sus semejantes, calentándoles el alma aterida con el chorro de sol—amor y entusiasmo—que brotaba de la suya.

La Edad de Oro, al través de los años, se agotó. Los pocos ejemplares que quedaban, eran avaramente guardados por admiradores del poeta. Debemos a J. García Monge, director del *Repertorio Americano* y de *El Convivio*, su reproducción en éste. J. García Monge que realiza desde San José de Costa Rica una noble obra de fraternización americana, difundiendo la cultura de unas repúblicas en otras, vinculando obras y nombres de artistas, vió la necesidad de que *La Edad de Oro* se conociese en toda América. Trabajo le costó conseguir los cuatro números que al fin generosos amigos cubanos le cedieron; y pudo publicarlos el año 1921 en dos primorosas entregas de *El Convivio de los Niños*.

«Esta hoja periódica—juzga Américo Lugo a *La Edad de Oro* la nota más pura de la prensa castellana—es un monumento de sabiduría y amor, en que la poderosa inteligencia de Martí es sol que rinde sus rayos fulgurantes y se derrama en gotas de suave luz sobre las adorables cabezas infantiles.» Y Rubén Darío: «Los niños de América tuvieron en el corazón de Martí predilección y amor. Queda un periódico único en su género—los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños—. Hay en uno de ellos un retrato de San Martín que es una obra maestra.»

Entre sus propósitos, Martí anunciaba:

«La empresa de *La Edad de Oro* desea poner en las manos del niño de América un libro que lo

ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo; a estudiar de preferencia las leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar por la gloria de su nombre y las necesidades del sustento.»

Veamos cómo realizó Martí este programa artístico que su videncia pedagógica le trazó: enseñar sin fatigar.

En el primer número, Martí pone en conocimiento de sus pequeños lectores *La Iliada* de Homero, les escribe un cuento y una poesía, les narra la existencia de tres héroes, tres hombres que luchaban por la libertad: Bolívar, Hidalgo y San Martín, les da traducciones... Y así, en los cuatro números que aparecieron, vemos tan interesantes e instructivas cosas como la *Historia del hombre contada por sus casas*, *Las ruinas indias*, *La exposición de París*, *Un paseo por la tierra de los anamitas* y *Cuentos de elefantes*... Tan bellas como su poesía *Los zapatitos de Rosa*, *Nené traviesa*, *La muñeca negra* (cuentos). Y también traducciones del francés o del inglés... En el número tres de *La Edad de Oro* se halla aquel admirable artículo de Martí sobre *El padre Las Casas*, el heroico defensor de los indios, víctima de la codicia de los encomenderos.

Martí intuía que a los niños ha de enseñarseles con ejemplos, porque el espíritu del niño es, antes que todo, práctico. Los ponía por ello en contacto con almas grandes, abnegadas y puras; les narra vidas de hombres que se habían sacrificado por un ideal: Bolívar, Hidalgo, San Martín, Las Casas... ¿Qué no realizara Martí de haber tenido campo? Los pocos números de su revista sólo pueden ser tenidos como anuncio de la obra magna que hubiese terminado. Le faltó tiempo y lugar donde expandir la catarata de conocimientos y amor de su alma grande, abnegada y pura. La hora tumultuosa no se lo permitió, y este hombre a quien queremos imaginar ancianamente patriarcal, enseñando a niños y a pueblos, tuvo que morir con las armas de libertador en la nerviosa mano, frente al enemigo, en un oscuro combate, ¡y a los cuarenta y dos maduros años!, maduros de reflexión. Faltó serenidad en su vida, para que ella diese al niño todo lo que debió darle. Le faltó tiempo para consagrarse al porvenir. El presente premioso y ciego lo devoró.

Con él, la niñez perdió un poeta y un maestro. Tal vez un maestro y un poeta como todavía la niñez de América no ha visto nacer otro. Tal vez su maestro, su poeta. Porque se nace maestro de niños como se nace poeta épico. Y hasta ahora, la humanidad ha dado más poetas épicos que poetas capaces de sentir; más aún: de hacer sentir a los niños, de ser puente cordial entre el asombro maravillado, la inquieta curiosidad del niño y el universo asombroso y magnífico. Martí lo fué hasta donde su vida, breve y torturada, se lo permitió. *Ismaelillo* es la flor blanca de su espíritu bueno. *La Edad de Oro* el puñado de semillas que arrojó al porvenir ávido...

Ernesto Morales

Lector amigo: Hágase de las *Poesías* completas de Martí.

En la edición reciente y cuidada de la *Colección de Libros Cubanos*. Precio del tomo grueso y elegante: \$ 6.

Inicial.—Considero bueno principiar un artículo, con una afirmación. *Los Brazos en Cruz*, último libro de Alfonso Fabila, es un libro joven.

Juventud en su más amplio sentido. Vigor: «los brazos que hierven de músculos», y el cerebro vibrando en todos los vientos. Impulso ascensional. Deseo intenso. Realización imperfecta, a Dios gracias.

Este libro, aprisiona la personalidad del autor. Fabila ha confesado ser un *self-made man*:—¡qué moderno resulta citar en inglés!

Pero afortunadamente, no vino de los que pueden exhibirse como ejemplo en los textos escolares. Simple, humildemente, él, todas las noches, bajo una luz tesonera, esparce la vida en la palma de la mano, como si fuera arena, y ahí la depura, hasta que hubo reflejos dorados y se humedeció de belleza. Luego, fué vaciando el polvo en una caja olorosa a tabaco.

Los Brazos en Cruz,—si creemos a Gilberto Loyo—, estilizan una *Y*. Así, complicamos las reminiscencias heroicas que sugiere el título, con otros algebraicos recuerdos de bancos preparatorianos y pizarrones congestionados de fórmulas.

Pero este título, es más trascendente que un recordar.

Nos presenta, brutalmente, un drama universal, nuestro; el que hemos vivido entre accesos de pólvora y gritos «de la plebe que se dignifica.»

Es el campesino, el obrero; los que no han sabido de los libros bellos, ni de las mujeres hermosas, ni, siquiera, de la hartura maternal. Son los opresos de siempre, los que están crucificados.

Y remataremos el símbolo: clavos de estupidez y corona de abulia; y un sueño profundo en la cruz de injusticia.

El libro.—Dos partes. La primera, un desordenado y viril borbotar de verdades. El dolor de los cristos, y, un día, su rebelión magnífica. Se entremezcla, tumultuario croar de ranas y el clamor de todo un pueblo.

El argumento es difuso, lleno de encrucijadas. Pero es el que menos importa.

La segunda parte, resuelve en sentimental vagido, la pujanza de la primera. El autor, con

Los Brazos en Cruz de Alfonso Fabila



Alfonso Fabila

gesto de quien entrega una prenda extraviada, restituye a la sociedad el diario de un misántropo; misántropo que ha muerto, como en las películas de episodios, en el aparente misterio de un atraco.

Crítica.—Primera virtud: la sinceridad emocional que taladra sus páginas. Atreviéndonos, afirmaremos, que por sobre todo, esto es lo que necesitamos: sinceridad siempre, que significa pujanza. La actitud del artista que cautelosamente se escurre sin hacerse daño por el filo de las palabras, da asco. El acomodarlas de manera más o menos ingeniosa, se nos antoja labor un poco femenil. Como esos tapetes de retacería que nuestras abuelas trabajaban.

En este libro hay fe; fe profunda, casi salvaje. En el siglo del escepticismo, del matiz, de la segunda intención, el autor dice, ¡Dios!, con énfasis místico, con tono absoluto.

Y luego recoge el anhelo de todos los que

Gustavo Ortiz Hernán

México, D. F.

están asomados ávidamente a la vida de México. Es suyo también el afán por despertar codicias en la multitud desheredada. Al campesino le grita que debe tomarlo todo; que hace bien cuando derrocha en un asalto la riqueza que nunca ha disfrutado; cuando viola a la mujer ajena; cuando olvida el perverso credo de la resignación.

Es en las voces puras de juventud y entusiasmo, donde recogemos la certeza de una evolución profunda y próxima—¡y hay aún quien rehuse advertir su posibilidad! ¡Quién huya sumar su cooperación al gigantesco empuje de esta época azul-acero!

Prevenimos que *Brazos en Cruz*, es un libro joven. Alguna vez hemos dicho que un libro sin defectos, es tan triste y lamentable, como una vida sin pecados.

Hay que amar los propios defectos que caracterizan aún más que las virtudes monótonas. En literatura, virtud absoluta monjil, es academismo imbécil.

Pero hay una condición que hace posible el apego que, sin autoridad alguna, aconsejamos: la conciencia.

Señalemos, pues, algunas cosas que nos desagradaron. La primera—ya indicada—, que un impulso noble, franco, recio, se tornara romanticismo ochocentista. Pero afortunadamente el de Fabila es un romanticismo hastiado de sí mismo: «He visto cómo mi espíritu ha perdido el tiempo, esperando.»

Y al final, se canta la fuerza. La energía que viola toda queja y disgrega la amargura.

Y tenemos también que decir algo del ingenioso afán de complicación que resta vitalidad al libro.

Creemos que todo recurso literario es bueno en cuanto aumenta el poder emocional, ideológico de la obra. No ser erudito. ¡Quién habrá dicho esto antes!

Ahora, hubiéramos deseado que con el grito rebelde se nos lanzara la fe campesina; sin intromisiones de sol ciudadano; sin horizontes cercados por muecas. Recto y profundo, como un surco.

Así, esperemos la nueva caja de puros, labrada a cegueta, y dentro, una arena compacta, austera; una arena generosa, humana.

HE aquí otro gran industrial de los tiempos modernos que don Juan del Camino nos describe agobiado por su riqueza como los soberbios del Dante por el peso de su soberbia. Veamos qué hay de cierto en pintura tan sombría.

Perdóneme antes el lector si resulto un poco didáctico y no lo achaque a pedantería. Listo estoy a confesar que mis conocimientos sobre la industria americana son superficiales y de fecha reciente. Oriundo de un país arcádico que vive de lo que siembra y que hasta hace poco no conocía las palas a vapor, crecí ignorante de la era industrial por que atraviesa el mundo en la antañona Cartago donde las únicas fábricas son las de las iglesias. En la escuela y el

colegio mis maestros profesaban de la ciencia el concepto romántico del poeta alemán (Diosa más bien que vaca productora de manteca) y creían, al revés de esta gente sajona, que lo importante eran los principios generales, las fórmulas abstractas y no las aplicaciones prácticas. Algunos de esos maestros eran buenos y sabios, como dijo Renán de los suyos en su bella oración sobre la Acrópolis, nobles espíritus para quienes las matemáticas, la física, la botánica eran indagaciones desinteresadas sin aprovechamiento utilitario, la geografía una descripción pintoresca del globo en vez de un catálogo de sus recursos aprove-

Henry Ford

chables, y la historia una especie de actriz declamadora de grandes frases y gesto heroico, la Clio antigua de los griegos, perdida ya la serenidad y ajado el peplo por las revoluciones, pero como musa al fin, todo ojos para los hechos de armas o la esplendidez de los reyes, y poco o ningún interés para las faenas humildes y los artefactos que ayudan al hombre en su lucha por la vida.

No tiene, pues, nada de extraño que yo viniera a oír aquí por primera vez el nombre de Frederik Winslow Taylor, el ingeniero yanqui que reformó la industria y... la raqueta de *tennis* e inventó además el *high speed steel* sin el cual,

según los entendidos, un automóvil costaría ahora cinco veces más de lo que cuesta. Este hijo de cuáquero y puritana es el padre de la organización científica del trabajo que Henry Ford había de llevar cincuenta años más tarde a tal punto de desarrollo que fuera posible producir automóviles a precios al alcance de las personas medio acomodadas, pagar altos salarios y utilidades al obrero y obtener todavía crecidas ganancias de la enorme cantidad de ventas.

La fábrica de este magnate del automovilismo en Detroit es una de las siete maravillas contemporáneas y representa uno de los más grandes esfuerzos de energía disciplinada. Ella contiene muelles, altos hornos, ferrocarriles, forjas

de acero, y todo lo que hace falta para realizar el milagro de convertir en carros el mineral bruto en el espacio de 33 horas. 8,750 al día, 6 cada minuto! Veamos cómo explica este milagro un manual industrial para el uso de las escuelas que tengo a la mano:

«El que esté familiarizado con talleres de máquinas notará inmediatamente la manera singular en que éstas están colocadas. Las de una misma clase o tipo no están colocadas en un solo grupo. Cada departamento contiene aquella clase de maquinaria necesaria para llevar a cabo las diferentes operaciones que cada pieza requiere, hasta dejarla completamente acabada.

»Supóngase que se tiene una pieza en bruto, acabada de salir de la fundición y la cual se empieza a trabajar en un departamento. Después de hechas allí todas las operaciones necesarias por medio de las diferentes máquinas, sale de ese departamento lista para ser puesta en el automóvil.

»También hay necesidad de agrupar en un mismo departamento varias clases de máquinas, incluyendo hornillos para broncear y hornos de cianuro. Conductos acanalados e inclinados van de una máquina a otra facilitando así, por medio de la ley de la gravedad, el transporte de las piezas y eliminando el acarreo en carretillas de mano, pérdida de tiempo y de material. Para facilitar la transportación de material hay una vía monorriel aérea de más de milla y media de extensión con nueve carros de tipo monorriel, cada uno de los cuales tiene dos grúas de dos toneladas de capacidad.

A los departamentos de montaje llegan las partes ya terminadas del taller para ser ensambladas en transportadores montados sobre rieles; de esta manera cada operario hace una sola operación y la repite en cada una de las piezas que pasan por el transportador, llegando a convertirse por la práctica en un verdadero especialista en esa operación.

El departamento de motores ofrece una buena prueba de lo económico del sistema. Antes ese departamento ocupaba 1,100 operarios que en nueve horas de trabajo montaban mil motores. Hoy, a causa de la eficiencia que se ha alcanzado con los transportadores, 500 empleados montan en ocho horas 1,400 motores, reduciendo el tiempo requerido para montar cada uno de ellos de 9 horas 54 minutos a 3 horas 10 minutos.

»En un extremo hay transportador en el cual se montan el bastidor, el eje delantero y el trasero. Cuando estas operaciones se terminan, el transportador se pone en movimiento a una velocidad de seis pies por minuto y a medida que va caminando, cada obrero monta la parte que le corresponde, de suerte que cuando el bastidor llega al final de su carrera ya está listo para ser puesto en movimiento por su propia fuerza y examinado por un grupo de inspectores, cada uno de los cuales tiene una parte especial que examinar bajo su responsabilidad».

Como se ve, el proceso es el mismo, a la inversa, que el de la fabricación de carnes en los grandes mataderos de Chicago. En aquellos el cerdo entra entero por un lado y sale en pedazos listo

para el consumo por el otro. En el sistema Ford las piezas vienen desde el lugar donde se fabrican por medio de un sin número de ingeniosos mecanismos al transportador central o *chassis assembly line*, que viene a ser algo como un río de *fotingos* fluyendo todo el tiempo. Esta *chassis assembly line*, dice Stewart Chase en su reciente e interesantísimo libro *Men and Machines*, tiene 45 estaciones u operaciones. En la número uno se fijan los *brackets* del guardafango a la armazón; en la número diez se instala el motor. El hombre que pone un perno no pone la tuerca y el que pone la tuerca no la ajusta. En la estación 34 el motor recibe la gasolina, y en la 44 el radiador se llena de agua, y en la última el carro sale ya acabado y luciente.

No hay para qué decir que las condiciones sanitarias, la calefacción y la ventilación corren pare-

jas con lo demás de la fábrica. Los pisos se lavan cada semana con agua caliente y una solución alcalina que quita todo rastro de grasa, y techos y paredes se pintan con la necesaria frecuencia.

En esta fábrica, que cubre dos millas cuadradas de terreno y abriga la población de una ciudad, el aprovechamiento del tiempo y la materia ha llegado a un grado casi perfecto. La inmensa usina, como poema limpio de ripios, no tiene desperdicio, y se mueve con el ritmo de una portentosa sinfonía y la exactitud de un cronómetro suizo.

Anexos a la fábrica hay un hospital y una escuela técnica. Leamos lo que tiene que decir sobre ellas el obrero francés Dubreuil:

«Nada puede ilustrar mejor este estado de espíritu (el autor ha venido refiriéndose al carácter de las liberalidades americanas, las cuales, a pesar de las apariencias no tienen en su concepto nada del espíritu de filantropía tal como se entiende esta palabra en Europa) que tales instituciones. Así por ejemplo, el hospital Ford está constituido sobre las mismas bases que una empresa industrial ordinaria, es decir, que no es una institución de caridad, bien que en ocasiones, individuos desamparados de recursos sean recibidos en ella. Como toda otra empresa, el hospital tiene sus entradas y gastos, y si bien no se busca el lucro se trata por medio de rigurosa economía de cubrir las salidas con las entradas correspondientes. Así organizado, Ford mismo os dirá que él no practica filantropía ninguna y que arreglada la cuenta, nadie le debe gratitud.»

El mismo espíritu preside en la escuela. Oigamos de nuevo a Dubreuil:

«Los alumnos se reclutan de preferencia entre las familias pobres y reciben desde su entrada una remuneración especial progresivamente aumentada según un sistema ingenioso que mira a sostener su asiduidad y perseverancia. El tiempo lo dividen entre cursos teóricos y prácticos que cubren casi todas las varias necesidades de la industria mecánica, y la escuela está organizada también de tal suerte que de los abonos que recibe de la fábrica por trabajos hechos se asegura sus propias rentas.»

Ahora permítame Don Juan del Camino preguntarle si es justo decir de la fábrica de Ford que es una de tantas cuevas de Alí Babá donde la filantropía, reina de la mendicidad, tiene su asiento.

Aniversario

Hoy hace once años que contemplé tu gallardo cuerpo tendido en el lecho nupcial; inmóvil tu noble cabeza de griego perfil; desnuda la escultural garganta y ancho pecho; cerrados tus ojos oscuros, eternos enamorados del ideal; sordo tu amante corazón a los desgarradores sollozos de otros corazones igualmente amantes; insensible a las lágrimas que cual gotas de fuego debían quemar tus pálidas manos abandonadas sobre las sábanas en ademán indiferente y majestuoso.

¡Insondable poder el de la muerte que te mantenía tranquilo en medio del espantoso estrago que produjo tu caída y que trocó una vida de amor y de paz, paraíso encantado en donde reinaba el hada de los más dulces ensueños y en donde las ilusiones tejían de rosas la cuna en cuyas suaves plumas debía dormir, el mismo amor hecho carne,—en camino incierto y gris; áspero sendero en el cual hasta las pocas florecillas que suelen brotar, esconden traicioneras su suavidad y su fragancia y presentan duras sus agudas espinas a las manos de mujer y de niño que hacia ellas se tienden huérfanas de amor, en busca de apoyo, de ilusión.

¡Cuántas lágrimas he visto caer sobre la losa de tu tumba y cuántas ignoradas y quizá más amargas, habrá recogido la blanca batista orlada de encajes del pañuelo femenino y el lino frío de la almohada durante las largas y silenciosas horas de vigilia!

¡Oh! qué estela de amargura deja en el inmenso mar humano la góndola en que navega la muerte, fosforescente, luminosamente dolorosa para aquellos a quienes a su paso triunfal la descarnada remera, les rompió el ánfora finísima y sutil del corazón, ignorada y oscura para todas las demás.

Duerme en paz, Carlos amigo; tu vida rota será el eterno emblema de la fragilidad de nuestro ser.

★

Yo pienso que nada se halla más lejos que estas cosas de la limosna que en otras partes de la tierra «sirve para consagrar las distancias sociales». Aun más, creo con el escritor italiano Giovannetti que, a pesar de ciertas objeciones—unas infundadas, exageradas otras—a los nuevos métodos industriales de Ford, este hombre significa en la historia de la humanidad la tentativa de armonía en gran estilo entre los intereses del industrial y los intereses de la humanidad ejecutora y consumidora.

Hay quienes señalan contra las ventajas de la producción en masa el peligro del automatismo. Yo mismo he hablado de él en un artículo reciente, pero después de leer el libro de Dubreuil me he recobrado de mis miedos y recelos. Dubreuil nos da el punto de vista del obrero que es el que cuenta y asegura que los intelectuales exageran mucho el efecto del maquinismo sobre los operarios, juzgando por sus nervios y dejándose llevar de ideas preconcebidas.

El fantasma del robot es una

creación de novelistas y dramaturgos que no hay peligro de que encarne sobre el haz de la tierra, especialmente cuando se hayan modificado ciertos detalles de la organización industrial. La máquina libera al hombre de faenas embrutecedoras, acorta sus horas de trabajo, aumenta su salario, y le da una sensación de triunfo sobre las fuerzas de la naturaleza. Ford está ya preconizando la semana de cinco días. El problema será educar al obrero para hacer buen uso de su tiempo e interesarlo en cosas buenas y bellas durante su descanso.

Los intelectuales de este nuestro siglo tendrán que aceptar la civilización técnica igual que los del siglo XIX los ferrocarriles, y reconocer con el italiano Giovannetti que cité antes «que en ella triunfa, no la brutalidad de la materia, como creen los superficiales, sino una intelectualidad sostenida por el espíritu, una intelectualidad acre, heroica.»

Mario Sancho

Boston, 21 de Setiembre de 1929.

La máquina la ha inventado el hombre para su servicio.

¿Por qué, pues, ha de esclavizarse a ella? Los que tal temen no tienen fe ni en la naturaleza humana ni en su destino superior. Confiemos en que el hombre, que ha sabido redimirse de tantas otras, no caerá nunca en esta esclavitud ni necesitará para defender su personalidad destruir los inventos de su paciencia genial. El sueño de Samuel Butler no pasará de ser un sueño, o mejor dicho, una pesadilla de un espíritu pesimista.

Don Juan del Camino nos llama la atención a la servidumbre del oro que, según él, sufren todos los grandes capitanes de la industria americana, y nos los pinta con las espaldas y el alma rendidas al dinero.

Cuando Henry Ford cambió hace poco el modelo T por el modelo A, tuvo que cambiar también más de la mitad de su maquinaria de producción. En alguna parte he leído que para producir dos engr-

najes del eje trasero de su nuevo carro, fué necesario reformar... 43,000 herramientas y construir... 4,500 nuevas. Esto costó al magnate de Dearborn \$ 100,000,000 y fué considerado por todos como un acto de suprema valentía y de infinito riesgo, y por no pocos como una locura. Sabido es que no todos los industriales se atreven a cambiar sus sistemas por miedo de comprometer las ganancias propias y las de sus accionistas, y así vemos que muchas invenciones modernas duermen años en la caja fuerte de las grandes casas fabriles. Por miedo a la competencia las compran, y por miedo al cambio las guardan. (Otro defecto que apuntar a la producción en masa cuya maquinaria resulta necesariamente tan compleja y costosa.)

Pues bien, Henry Ford tentó valiente la gran aventura. Ahora pregunto a Don Juan: ¿un hombre que se gasta cien millones de dólares mundos y lirondos para mejorar su producto, es un galeote que sufre el vasallaje horrible de la Fortuna?

Vasconcelos visto por Hispanoamérica

Para Rep. Am.

«...Este hombre sin Normal y sin Instituto Pedagógico, ha venido a parar en el primer educador del Continente» (Gabriela Mistral). «Vasconcelos es un paradigma que ya lo quisiéramos para el Ecuador» (César E. Arroyo). «Es el as de los indólogos» (Alejandro López). «...Uno de los hombres más meritorios y más útiles...» «... El eco simpático y prometedor que su actitud levanta en la América Latina» (Manuel Ugarte). «La elección de Vasconcelos revelaría profunda transformación en el país» (Francisco García Calderón). «Los intelectuales de la América deberían unirse para pedir que se le conceda el Premio Nobel» (Max Grillo) «No, no lo necesita, porque ostenta ya el mejor título de todos: *Maestro de la Juventud*». (C. D. M.).

DENTRO de pocas semanas, el tercer domingo de Noviembre próximo, tendrán lugar en todo el territorio de la República hermana de México, las elecciones presidenciales. Dos personalidades figurarán, en definitiva, en la solemne lid cívica. Una de ellas, como es de dominio continental, es el Lic. José Vasconcelos, pilar sólido y representativo de la cultura y del ideal de la raza.

Aceptando la honrosa comisión de varios importantes rotativos de habla castellana, preocupados éstos en dar a conocer a su público, las manifestaciones lúcidas del universo moral y físico, hemos ido a inquirir a algunos eminentes escritores hispanoamericanos de Europa, lo que piensan acerca de esta «hora mexicana»; el juicio que les merece el ilustre Candidato, es decir, lo que ellos opinan sobre el filósofo-político, aspirante hoy, por el dictado de una multitud de ciudadanos libres y conscientes, a la más operosa dignidad.

Gabriela Mistral.—A la egregia pensadora chilena le formulamos la siguiente pregunta:—¿Qué comentario despierta en usted la obra educacional del Lic. Vasconcelos en México?

De Aviñón—donde vive una parte del año—, nos responde textualmente:

—«Que fué extraordinaria y que habría sido perfecta si el país hubiera contado con el número de maestros que necesitaba. Veo cómo, pasados ya cinco años de su reforma, cuanto se hace en la América del Sur con el nombre de reforma educacional es saqueo bienaventurado de las ideas y el plan de Vasconcelos. Sólo que, según el vil hábito de los envidiosos, no se le nombra.»

—«Las líneas tónicas de su plan fueron éstas, si no me equivoco: Aprendizaje de oficios en la escuela primaria, cosa que algunos ideólogos bobos rechazan sin razón válida. Enseñanza agrícola en las escuelas rurales; porque no se puede abrir una escuela en plena sierra sin vincularla a los cultivos regionales y sin que ella se ponga a difundir los que faltan y se ignoran.

Difusión grande, casi fantástica, de la biblioteca popular. Donde hay diez casas en el campo mexicano se está seguro de hallar una biblioteca que dejó el Lic. Vasconcelos. Él cree, parece, en el auto-didactismo; yo creo en esto cada día más. Los maestros van siendo cada vez más inferiores en relación con lo que de ellos pide el tiempo, y en dos tercios de las materias elementales, el libro puede suplirlos y con qué ventaja! El libro mediocre da siempre más que el maestro mediocre; el libro excelente barre al maestro.»

—«Además, fué Vasconcelos un dinamo prodigioso de entusiasmo, del bueno, del que empuja a crear. Nuestros pueblos burlones y pesimistas necesitan de esa creencia fabulosa que tiene Vasconcelos en que el bien es cosa de este mundo y posible en la hora siguiente. No voy yo tan lejos como él, por cierto, en optimismo, y creo que nuestros males son largos, esenciales, del tuétano mismo de la raza. Pero entiendo su fervor, que es pura generosidad. Cuando él piense como yo: «Sangre primero, alfabeto después», es decir, inmigración europea y luego escuela, estaremos en el completo acuerdo. Lacerias tenemos y enfermedades del alma y el cuerpo de las que sólo nos liberará el cruce bendito con sangres enérgicas.»

...«Arrastra Vasconcelos una juventud continental tras de su ejemplo. Magnífico el hecho, y de resultado próximo, si esa juventud se da cuenta cabal de que Vasconcelos no es sólo un escritor con largos lampos de genialidad; ni sólo un político aureolado de prestigio moral, sino un hombre sin alcoholes; con entraña aseada de heroínas lo mismo que de glotonerías americanas; sobrio como un campesino español; capaz de trabajar catorce horas por día sin rezongo y sin signo de fatiga; artesano de su vida antes que de las demás; comisionista, empleado de comercio y no sé cuántas cosas más en los tiempos en que escribir no daba la sopa suya y la de los hijos; enfático a veces en la prosa, llano como su meseta, en la vida sencillo como un niño; con los ojos

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

clavados en la creación ajena para alabarla y en la propia para afianzarla, y no criticó del Cosmos; amante del trabajo de los hombres y buscador de noticias de cuantas artesanías, horticulturas e industrias le salen al paso; hombre, a Dios gracias, sin ensueño, mejor dicho, sin el ensueño americano, mitad pereza y mitad sensualidad; religioso de un modo todavía confuso, pero al cabo ayudado de la fuerza invisible y agradecido a ella.»

...«Da una pena grande y hasta cierta humillación ver cómo este hombre sin Normal y sin Instituto Pedagógico, ha venido a parar en el primer educador del Continente. ¿Qué hacen esas normales que cada creador de ideas pedagógicas que nos aparece en nuestros países, se llama Sarmiento, el que saca las cosas de sí, o Vasconcelos, que apenas ha hojeado pedagogías?»

El ecuatoriano César E. Arroyo. A este crítico sutil tan admirado en América como en España, y que ha publicado recientemente en París un magnífico ensayo (1) «que es una visión luminosa del Méjico futuro» (conforme el juicio de una revista literaria de Madrid), le sometimos un cuestionario en que expresábamos:

¿Considera usted que las relaciones entre México y las demás Repúblicas del Sur aumenten *de hecho*, con un Jefe de Estado como Vasconcelos? ¿Cómo se ve en el Ecuador la campaña política que está realizándose en la nación azteca? ¿Se le aprecia y se le admira en la patria de Montalvo a Vasconcelos?

El señor Arroyo nos contesta desde su Consulado de Marsella:

...«En mi librito *Méjico en 1935. El Presidente Vasconcelos*, que usted conoce y lo ha comentado tan elogiosamente, está ya contestado el pensamiento central de su oportuna encuesta. Allí digo que con Vasconcelos de Presidente se realizaría, automáticamente, la Unión Hispano-americana, la obra trunca de Bolívar, el programa generoso que el Libertador no alcanzó a ver colmado, muriéndose por ello de angustia y de dolor. La América Española necesita en el actual momento histórico un hombre «enviado» como Vasconcelos para que realice la Unión Continental, aunque sea por la fuerza, derrocando a todas las tiranías traidoras, vendidas al oro de Wall Street. Esta sería nuestra única salvación. De lo contrario, antes de cincuenta años, seremos indefectiblemente colonias de los Estados Unidos. Vasconcelos representa, pues, para todos los hispanoamericanos que queremos seguir siendo hombres libres, una suprema esperanza.»

...«En aquella tierra mía, tan inteligente, tan romántica, de tan ilustres anales literarios, Vasconcelos es un símbolo y se le considera como una gloria de nuestra raza. Se le quiere y se le admira. Más de una y más de dos escuelas están bautizadas áureamente con su nombre de luz. Para el sector consciente de la nación, para el que labora en la obra del espíritu, al margen de los partidos, Vasconcelos es un paradigma que ya lo quisiéramos para nosotros, tanto que, cuando una esperanza apunta en el campo político, se dice: «Este llegará a ser nuestro Vasconcelos.» Sólo que hasta ahora, todos aquellos sobre quienes se lanzó esta mirada ávida, nos han defraudado. No importa; nos queda el porvenir con sus posibilidades infinitas.»

El colombiano Alejandro López.—El notable sociólogo antioqueño, autor de *Problemas Colombianos* y de *El Trabajo*, nos telegrafía desde Londres:

—«¿Vasconcelos? Una personalidad encantadora. Lo he visto sólo una vez y lo he leído mil con una extraña simpatía intelectual y personal. Es el *as* de los indólogos. Posee el arte de entender nuestra indología y de conmover al exponerla, en veces con una profundidad desconcertante. Para juzgarlo en su aventura de la Presidencia de México, me faltan datos; simplemente, temo, que perdamos sus lectores todo cuanto puede ganar México al exaltar a ese apóstol a su primera magistratura.»

Manuel Ugarte—Hace apenas pocos días, el apóstol rioplatense (cuyos amigos y discípulos de la Costa Azul le preparan un magno homenaje, el 26 de octubre, con motivo del 25.º aniversario de su campaña anti-yanquí), enviaba a la prensa de ultramar—con esa inquietud creadora y esa espiritualidad nada artificiosa que todos le admiramos,—un artículo intitulado: *Cómo debemos ver a México los latinoamericanos*. Apuntamos esta frase con la que termina su noble defensa de la patria de Juárez y de Madero: «...Y preguntémosnos si, oscura e indirectamente, en medio de sus dolorosas audacias, no está México trabajando, en el vórtice de la tempestad, para todos nosotros.»

Ya el insigne precursor ha manifestado públicamente su opinión, a propósito de la candidatura presidencial del señor Vasconcelos. Bien

conocida es (se reprodujo en España y en las dos Américas) la *Carta Abierta* que le dirigió Ugarte al viandante de la *Raza Cósmica*, «para sintetizar en unas líneas las congratulaciones de mi vieja y cordial amistad y el eco simpático y prometedor que su actitud levanta en la América Latina.» Más adelante prosigue: ... «No quiero que pase un día más sin enviar, en mi nombre y en el de numerosos amigos, este saludo a uno de los hombres más meritorios y más útiles dentro de la evolución que se está operando en nuestras Repúblicas.»

Finaliza la *Carta Abierta*, como se recordará, con este párrafo en que se apoya su fe en Vasconcelos:

—«Nuestra América, en apariencia abúlica y desorientada, pero en realidad ansiosa de gestos que traduzcan autorizadamente su contenido fervor, sabe que, sin salir de la reserva oficial, un gobierno consciente de las responsabilidades continentales, puede abrir las puertas al porvenir. Por eso es que la candidatura de usted a la Presidencia de la República, aviva el optimismo de todas las esperanzas en el orden internacional. Y por eso es que le mando, como argentino y como ciudadano, de la América Española, este abrazo fraternal.»

Francisco García Calderón.—Al autor de *Les Democraties Latines de L'Amérique* (con prólogo de Monsieur Poincaré y traducido al español, inglés y alemán), le interrogamos en la entrevista que se dignó concedernos:

—¿Cree usted, Sr. García Calderón, que México, país amigo nuestro, del Perú, saldría favorecido teniendo a la cabeza de su gobierno un educador como Vasconcelos? ¿Las relaciones entre México y las naciones afines se enriquecerían con esta elección? ¿Supone usted, maestro, que dicho candidato, como educador y como estadista tiene suficientes méritos para ocupar tan elevada función? Y por último, ¿cómo considera usted que los Estados Unidos ven a Vasconcelos, ex-profesor de varias universidades norteamericanas?

El antiguo Delegado del Perú en la Conferencia de la Paz y en la Sociedad de Naciones, se sirvió respondernos de la siguiente manera:

«Si los pueblos tienen los gobiernos que merecen, según una frase muy repetida, creo que la elección de Vasconcelos a la presidencia de México, revelaría profunda transformación en el país. El abandono de letales divisiones, la preparación de una nueva era firme y grave de progreso vinculado al orden, a la moral, a la unión.»

—«Vasconcelos, gran educador, alto espíritu, maestro de las nuevas generaciones americanas, establecería, por su prestigio, por la eficacia de su acción, por su idealismo que no se confunde con la persecución de quimeras, estrechos y nobles lazos—más íntimos aún—entre México y nuestras Repúblicas. A la cabeza del gran pueblo, que es baluarte de una raza y de un espíritu, estaría el hombre ejemplar, respetuoso de las libertades necesarias, creador de paz.»

—«Profesor de Universidades norteamericanas, escuchado y respetado en la nación que admira, Vasconcelos podría contribuir a acrecer el interés espiritual por México, como contrapeso al material, en la República convecina y a demostrar que en un *representative man* nuestro, de talla emersoniana, se juntan la acción viril y el entusiasmo por las ideas, la ambición y el desinterés, el amor al indígena y el culto a la civilización occidental.»

INDICE

Legenda aut adquirenda



Autores famosos en un solo tomo empastado:

J. Ortega Munilla: <i>Relaciones Contemporáneas</i> . Luis Velez de Guevara: <i>El Diablo Cojuelo</i>	2-50
Lope de Vega: <i>Fuenteovejuna</i> . Agustín Moreto: <i>El lindo don Diego</i>	2-50
Antonio Machado: <i>Soledades, Galerías y otros poemas</i> . Garcilaso de la Vega: <i>Poesías</i> . Manzoni: <i>Poesías líricas</i>	2-50
C. Castello Branco: <i>Dos novelas del Miño</i> . Teixeira de Queiroz: <i>Cuentos</i>	3-00
V. Korolenko: <i>El día del juicio</i> . Novelas. A. Chejov: <i>La sala número seis</i>	2-75
G. W. Leibnitz: <i>Opúsculos filosóficos</i> . F. Schiller: <i>La educación estética del hombre</i>	2-25
Ruiz de Alarcón: <i>Los pechos privilegiados</i> . Tirso de Molina: <i>El condenado por desconfiado</i>	2-50
L. Sterne: <i>Viaje sentimental por Francia e Italia</i> . R. L. Stevenson: <i>El extraño caso del Dr. Jekyll</i>	2-50
M. Jokay: <i>La rosa amarilla</i> . F. Herzeg: <i>Los hermanos Gyurkovics</i>	2-75
R. Filner: <i>Patriarcha</i> . Arnold: <i>Ensayos pedagógicos</i> . Berkeley: <i>Tres diálogos entre Hilus y Filonus</i>	2-75
Grazia Deledda: <i>Elias Portolu</i> . Hugo Foscolo: <i>Últimas cartas de Jacobo Ortiz</i>	2-75
Goldoni: <i>La posadera</i> . Maquiavelo: <i>El príncipe</i>	2-25
G. Hauff: <i>Cuentos</i> . Chamisso: <i>Historia maravillosa de Pedro Schlehml</i>	2-25
Anónimo: <i>Curial y Guelfa</i> . Xenius: <i>La bien plantada</i> . 2 vols pasta	4-00
J. Webster: <i>La duquesa de Malfi</i> . Mrs. Gaskell: <i>Mi prima Filis</i>	2-50
D' Alembert: <i>Discurso preliminar de la Enciclopedia</i> . Condorcet: <i>Escritos pedagógicos</i>	2-50
Sedaine: <i>El filósofo sin saberlo</i> . Diderot: <i>La paradoja del comediante</i>	2-25
Victor Catalá: <i>Dramas rurales</i> . Alfonso Maseras: <i>Ildaribal</i>	3-00
Marivux: <i>El juego del amor y del azar</i> . Moliere: <i>Don Juan</i>	2-25

(1) Véase reproducido en los números 13 y 14 del *Rep. Am.*, tomo en curso.

El Dr. Max Grillo y el Premio Nobel.— «Nos parece que la opinión de la América hispana apenas empieza a darse cuenta de la campaña de idealismo, de valentía varonil, de cívica grandeza y de patriotismo a un tiempo desesperado y consciente, que realiza este abanderado del espíritu. A quienes de lejos contemplamos a Vasconcelos, con respetuosa admiración, se nos asemeja a un Hércules que intentara tajar la cabeza de la Hidra con una espada luminosa.» Tal escribe el Sr. Grillo en excelente ensayo que ha dedicado a *José Vasconcelos, el Pacificador de México*. Dada la importancia del trabajo en cuestión, y temiendo que éste no se divulgue en relación a su trascendencia—ya que nada menos se solicita el Premio Nobel para el Civilizador oaxaqueño,—no nos resistimos a la tentación de señalar algunos conceptos fundamentales:

—«¿Se está dando cuenta América del mérito insigne y del heroísmo de la campaña que ahora lleva a cabo Vasconcelos?»

«Cualquiera que sea el resultado de la lucha empeñada, vencedor o vencido, habrá triunfado la conciencia de Vasconcelos. Su corazón de americano y su espíritu de amplitud universal saldrán ilesos de la contienda, aún más puros y más dignos de la simpatía y del respeto del mundo.

«Si llega al solio, México habrá ganado la más grande victoria, Si leal o deslealmente lo derrotan, siempre será fecundo el ejemplo de

abnegación y de valor civil que Vasconcelos dió a su patria, digna de resurgir pacificada y gloriosa en el concierto de los pueblos.

»*Los intelectuales de la América deberían unirse para pedir que se conceda el Premio Nobel a José Vasconcelos, pacificador de México.*»

Ha podido decir muy bellamente el maestro Sanín Cano, rindiendo justicia a su compatriota, que el Dr. Grillo «ama las leyendas con el mismo vigor apasionado con que busca la verdad en la historia de los héroes.»

En cuanto el distinguido autor de *Ensayos y Comentarios* nos confirmó en París su proyecto de un agasajo universal al filósofo de *Indología*, diversos núcleos nos hicimos eco como una sola voz, de la feliz y justa iniciativa del gran poeta colombiano.

Pero... los sucesores del sabio sueco inventor de la dinamita, hállanse demasiado ocupados en complacer a la alta política internacional, para fijar sus ojos en alguna figura hispanoamericana. Sin embargo, la juventud, que es intuitiva y que no conoce pasiones minúsculas, lo ha proclamado (a Vasconcelos) su mentor, su guía espiritual. Nada agrega, nada suma una gloria académica, ni un tributo oficial, a lo que es ya materia tangible en el corazón de los jóvenes—¡la esperanza en flor!—de 20 pueblos mozos, *Maestro de la Juventud*: el mejor y único homenaje que se le ha podido ofrecer, que se le ha brindado sin sonrojos, ¡gallardamente!, a José Vasconcelos, pacificador de México y ciudadano de la humanidad!

Carlos Deambrosio - Martins

París, 1929.

Estampas

El Teacher's College de Nueva York, propone una reforma escolar semejante a la que hace como diez años propuso en Costa Rica, el insigne Brenes Mesén

El maestro protervo de Falerios que, en una antigüedad ya muy remota, quiso hacer entrega de la ciudad en los niños que ella le tenía confiados, sabía que con la traición despojaba a los sitiados de su mayor tesoro. ¿Quién al dar en Plutarco con ese episodio, no lo lee y relee meditando las enseñanzas que contiene? El maestro era considerado un hombre de honor y bajo su custodia se ponían los niños para que «se acostumbraran a criarse y acompañarse unos con otros». Tenía el destino de fecundar conciencias. Así lo comprendía el preceptor de la traición cuando adivinó que el mayor poder para rendir la ciudad estaba en sus manos. Falerios capitularía apenas se diera cuenta de que los soldados romanos tenían en rehenes a sus niños.

El suceso es conmovedor, porque la estimación suprema de la niñez reflejada en la vida de un pueblo antiquísimo y turbulento, a través de los siglos ha seguido inmovible. Cada país aspira a que sus niños sean influidos por las fuerzas que circulan en el mundo como auroras de una civilización mejor. Los educadores y los pensadores van dando los medios para poner a tono las almas infantiles. No pierden de vista la vida. En realidad el problema de la educación de los niños ha sido siempre uno: aprender a vivir. Desafortunadamente, no todos los educadores son mentes despiertas. Ni tampoco son muchos de ellos educadores ni pensadores. El azar político los pone de pronto frente al complejo problema

de la educación de los niños de un pueblo. El resultado es una regresión a ciclos enterrados hace veinte o treinta años. Es decir, la conciencia de los niños es despertada a las exigencias de una vida pasada. Se acogen a la rutina organizada y cierran el entendimiento a las llamadas de la vida actual.

En los países en donde los niños son realmente preocupación nobilísima y cierta de sus educadores, el aprendizaje para vivir, esto es, la educación, va al día. ¿Qué se hace, por ejemplo, en el *Teacher's College* de la Universidad de Columbia? Se renueva en su totalidad el sistema de las escuelas elementales. En ese centro avanzado de investigaciones pedagógicas, el Profesor de Educación, James F. Hosis, con una concepción moderna de la vida, ha barrido toda la rutina de la organización anterior. Ahora «la escuela ha de constituir una comunidad ideal consagrada a dar a los niños la oportunidad de aprender por medio de la experiencia cómo controlar sus vidas.» El edu-

cador norteamericano ha hecho una revisión total del sistema educacional y ha tronado contra los métodos que se oponen a que se imparta una educación moderna. En primer lugar hay que sacar a los niños de la tortura del maestro único o individual. Se formara el «grupo cooperativo» que sea el que en cada escuela trabaje con la totalidad de su población escolar. ¿Qué ventajas inmediatas tiene la medida fuera de la primordial ya dicha? Una, es transformar al maestro de mero practicante de generalidades, en experto que concentre sus capacidades y adquiera conciencia. Otra, es alejar de los niños el grave mal de los prejuicios personales a que lo somete el trato con el maestro único. El «grupo cooperativo» podrá reducir a un grado mínimo ese daño.

La escuela tradicional constituida por grados apiñados de niños en donde un maestro maneja diez o doce asignaturas, no responde ya a las nuevas concepciones de la naturaleza y fines de la educación. Tampoco debe salvarse de esa escuela tradicional su confinamiento a impartir casi primordialmente las cuatro reglas, la escritura y la lectura. Los niños deben sentirse en el seno de una escuela ideal que es una comunidad en donde algo tan tremendo como el encauzamiento de la propia vida se aprende y queda vibrante en sus almas. Para esto habrá excursiones, formación de costumbres, audiciones musicales, trato con los visitantes. Porque todo ello son «aspectos dinámicos de la vida y obra de la escuela; son a menudo extensión y aplicación del trabajo de clase; tendrán que ser muy frecuentemente motivo de ese trabajo.»

Las aulas, lo que es una aula para la escuela vieja, las cuatro paredes, los pupitres atornillados y el caballete, no existirán más de acuerdo con el «grupo cooperativo» y vendrán en su lugar bibliotecas, laboratorios, salas de estudio, museos, lugares de juego.

Porque todas las novedades de esa reforma salida del centro de investigaciones pedagógicas más avanzado de los Estados Unidos, tienden exclusivamente a un solo fin: *A que los niños aprendan a vivir.*

Y bien, nos preguntamos ante esa conclusión, ¿la escuela costarricense irá a necesitar de una reforma semejante? ¿Nuestros educadores pensarán que el fin primordial de la educación es enseñar a vivir al niño? ¿Se burlarán de lo que el educador norteamericano quiere para los niños de su país?

Para quien no está enterado de lo que Costa Rica persigue con su escuela, al menos con su escuela actual, el plan de modernización salido del *Teacher's College* es algo que llena de entusiasmo y de admiración. Coincide en muchos aspectos con un esfuerzo visionario hecho hace más de una década por uno de nuestros eminentes educadores. En los programas formulados por don Roberto Brenes Mesén para las escuelas primarias, urbanas y rurales, hay una renovación total de nuestra educación. Y es una renovación concebida por un espíritu que ha estado siempre influido de las grandes ideas de cada tiempo. El hecho de que diez años después un centro director de la educación norteamericana, lance su plan acorde con lo que nuestro educador dejó formulado en páginas arrinconadas hoy, deja bien claro su conocimiento de la naturaleza y fines de la escuela moderna. Él es un pensador y pudo dejar una obra duradera, anticiparla muchos años. Es claro que la modernización vino a chocar con la escuela tradicional y fué vencida. La falta de un centro pedagógico que esté atento a las corrientes nuevas mantiene estancada nuestra

STUTZ

EL REY DE LOS AUTOMOVILES

POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA

EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS

PRADILLA & Co.

TELEFONO 3651

escuela. Omar Dengo fué otro educador y pensador, pero todos sus esfuerzos, lo mejor de su corta vida, no pudieron vencer la barrera regresiva de la escuela tradicional.

El educador tiene en un país las funciones más importantes. Por eso no se conforma nadie con el hombre público que coge gobierno y mide el aspecto educacional con el rasero con que también mide las cosas de la milicia o de las relaciones exteriores. ¿De cuántos gobernantes no sabemos que al quedar vacante la elevada posición de un departamento de la educación pública, no pensaron en que el amanuense podía ocuparla? Ausencia total de conocimiento de que el aspecto eterno de un país es el aspecto educacional. En el suceso de la ciudad de Falerios el maestro sombrío es repudiado por el soldado romano y entregado luego a los niños que él quiso hacer prenda de los sitiadores. Es una enseñanza tremenda la que el suceso dió a la eternidad. El maestro fué despojado de sus vestidos, se le ataron las manos atrás y los niños armados de varas y látigos fueron hiriéndolo y lastimándolo hasta llevarlo a la ciudad que su traición quiso entregar en aquellos niños. Se le castigó con escarnio por ser educador, que de haber tenido otro destino es seguro que, o el soldado romano acepta la prenda, o si la rechaza asqueado como lo hizo, no hubiese devuelto con tanta enseñanza a los niños cautivos.

Juan del Camino

Cartago y Noviembre del 29.



Testimonios



Sabido es que algunas de las funciones más importantes del Estado (1) son gratuitas, *honoríficas*, en el pleno sentido de la palabra; además, la mayor parte de las retribuidas establecen tanta desproporción entre la importancia del cargo y su compensación material, que debe necesariamente ser llenado con algo el vacío intermedio, y restablecido de algún modo el equilibrio. Este algo intangible es la consideración pública;—¡ay de los países donde ese humo de puro incienso no flota eternamente en el espacio! Y vuelve a la memoria la vieja proposición de Montesquieu sobre «el honor, principio de las aristocracias». Desgraciadamente, no puede recordarse sin una sonrisa la proposición complementaria acerca del régimen democrático, que descansaría, según el gran publicista, «en la virtud»!

Paul Groussac

(Del Plata al Niágara. Buenos Aires.)

La falta de nuestro sistema escolar no ha sido ni el método, ni el programa, sino el profesorado, como que en él se resumen todos los problemas, y podemos hoy repetir, treinta años después de pronunciadas las palabras de Groussac en un Congreso pedagógico con relación al profesorado secundario: es la playa hospitalaria donde levantan su tienda los naufragos de la fortuna.

Juan B. Terán

Para un coleccionador de autógrafos

Los pueblos de América se llaman nuevos. De raza no lo son: ¿cuándo lograrán serlo por sus ideas y sus actos?

No me refiero a sus sistemas de gobierno, ni a flamantes arreglos sociales, que suelen resultar bastante viejos. Me refiero a cambios en

el modo de pensar, que se traduzcan por otras maneras de vivir más racionales, más humanas.

Cuando veo a las grandes naciones del mundo colombino, dándose prisa por imitar a sus primas europeas, armándose hasta los dientes, con rifles que a los cinco años ya son de desecho, y con acorazados que antes de los diez van en camino de quedar para pontones; sepultando en esos gastos inútiles y monstruosos fortunas que servirían para acometer tantas reformas necesarias; desviando la actividad de la juventud, que tanto tiene que conquistar frente a la naturaleza y a expensas de ella, me asalta el temor de que hemos de perder todavía mucho tiempo en estériles copias, y de que sigamos, bien a pesar nuestro, siendo viejos. Y viejos con la peor de las ilusiones, la ilusión de la mocedad que no se tiene.

Enrique José Varona

(1929. La Habana.)

Tablero

— 1929 —

Dos erratas, una de ellas deplorable, se nos fueron en el artículo anterior de Juan del Camino. En la columna primera, renglón 8, dice *encontré*, léase: *encontró*. En la columna tercera, renglón 9, dice: *público*; léase: *pulso*.

Frase solicitada que al fin no se aprovechó:

Pienso en el Perú, y ya siento que amo a sus emigrados, tan buenos, tan serviciales e inteligentes. En el destierro están aprendiendo muchas cosas que les servirán cuando regresen a la patria redimida.

Pienso en el Perú y el ánimo se me mueve ante el noble espectáculo de la mocedad estudiantil peruana, tan curiosa en su avidez de paisajes nuevos para el espíritu; pienso en sus mentores austeros (Mariátegui, A. Ureta. Basadre, Haya de la Torre, Belaunde, F. García Calderón, Valcárcel, C. A. Rodríguez...) y siento que en justicia, el Perú debe fundar en ella grandes y hondas esperanzas de redención y de progreso.—*g. m.*

Octubre de 1929.

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NA-
RANJADA, GINGER-ALE, CREMA,
GRANADINA, KOLA, CHAN,
FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA,
DURAZNO, MENTA,
FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.

Advertencia.—Los artículos, cuentos y versos cuya procedencia no se indica—en esta entrega, como en anteriores o sucesivas—hay que considerarlos como *colaboración directa, e inédita*, de los autores. Lo de la tijera exclusiva no ha pasado de ser una leyenda más.

La estimación extranjera

Una actitud ejemplar

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA

Apartado 168
Lima, Perú, S. A.

Lima, 16 de Septiembre de 1929.

Señor Joaquín García Monge
San José, Costa Rica

Distinguido señor:

Hace algún tiempo no se recibe en esta Biblioteca, *Repertorio Americano* y, como esa importante publicación es muy leída por los alumnos de esta Universidad, he de estimarle se sirva ordenar se reanude el envío o se sirva indicarme los medios que deben emplearse para obtenerlo.

Presento a Ud. las seguridades de mi consideración más distinguida.

LUIS VARELA ORBEGOSO,
Director,

NUEVA PUBLICACIÓN

Acaba de aparecer la 2.^a edición de la *Historia del Derecho* del Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, ampliada y puesta al día.

De venta en las librerías Trejos, Lehmann y Alsina, y en la tipografía «Gutenberg».

Precio para el exterior: \$ 2.50 oro am.
Diríjase al Adr. del *Rep Am.* Correos:
Apartado Letra X. San José, Costa Rica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Derecho Civil:
Tratado de las Personas.
Tratado de los Bienes
Tratado de las Obligaciones y Contratos.

Los 3 tomos, \$ 25.00
Para el exterior, \$ 7.00 oro am.

(1) Se refiere a Chile y en 1893.